

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El «Tiburón» rojo

Brigitte ha de enfrentarse esta vez a un peligroso espía soviético, que al parecer nunca falla. Un asesino de agentes de otros servicios, lo mismo americanos que chinos que de cualquier otra nacionalidad.

Es el agente de la MVD conocido como el «Tiburón» rojo, llamado así porque se vale siempre de un «pez piloto», igual que los tiburones, que le abre el camino y le libra de lo más peligroso.



Lou Carrigan

El «Tiburón» rojo

Brigitte en acción - 125

Archivo Secreto 245

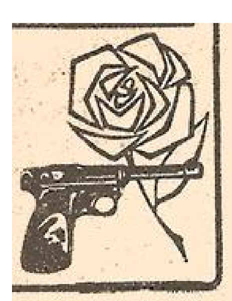
ePub r1.1

Titivillus 26.06.2017

Lou Carrigan, 1970

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Movimiento de espías en Cantón (China)

Eran cuatro chinos en un sótano húmedo, pésimamente iluminado, con un estrecho respiradero en lo alto, muy cerca del techo. Por aquel respiradero llegaba un olor nauseabundo y los chillidos de algunas ratas. Se veían cajones, sacos, cestas de paja…

Uno de los chinos estaba atado por las manos a unas argollas de la pared, de hierro oxidado; también sus pies estaban atados uno a otro, y colgaban sin llegar al suelo. En todo su cuerpo se veían señales de golpes. Todo esto era la labor que habían realizado los otros tres chinos, uno de los cuales, en aquel momento, colocaba ante los ojos del prisionero la larga varilla de hierro, retorcida, con minúsculas aristas de un extremo a otro.

—¿La ves? —dijo—. ¿La ves bien?

El chino prisionero no contestó, y el otro, sin más, clavó la aguja en su costado derecho. El prisionero se tensó, se crispó y alzó la cabeza. El sudor resbalaba a chorros por su rostro, que estaba descompuesto por el dolor.

—Mao Lo… —jadeó—. Mao Lo es mi nombre.

—¿Trabajas para los americanos?

—Sí… Sí. Para la CIA. Ya basta… ¡Ya basta, no sigáis!

—Eres un estúpido. ¿Cómo pudiste pensar qué resistirías las torturas? Y, además de estúpido, eres un traidor. Pero eso ya no importa ahora. ¿Estás dispuesto a hablar?

—Sí…

—De acuerdo. Tendrás la aguja-espina en tu cuerpo hasta que lo hayas dicho todo. Dinos: ¿tú has ayudado a salir de China al coronel Chi En Tao?

—Sí, yo le ayudé… Ya está muy lejos ahora…

—¿Adónde ha ido?

—A Hong Kong.

—Y desde allí, ¿adónde irá?

—No lo sé… —La aguja-espina penetró un poco más, y el prisionero lanzó un alarido—. ¡No lo sé, sólo sé que lo envié a ver a un americano que vive en Hong Kong!

—¿Quién es ese americano? ¿Un agente de la CIA?

—No lo sé… ¡Sólo sé que se llama Maxwell Burke, y que trabaja como periodista! ¡No sé nada más! ¡Aunque me queméis los ojos no podré deciros nada más!

—¿Ni siquiera dónde vive ese periodista americano?

—¡No lo sé!

—Déjalo —dijo otro de los chinos—. Ese periodista americano debe tener teléfono. Lo encontraremos fácilmente en la guía. Además, tenemos en Hong Kong quien resolverá bien esos pequeños detalles… Y los grandes. Será mejor que llamemos por la radio a nuestro residente-jefe de Hong Kong. Que él decida.

—Bien pensado. Ocúpate de eso… Espera un momento: veamos si Mao Lo tiene algo más que decirnos…

—No sé nada más —jadeó el prisionero Mao Lo—. ¡No sé nada más!

—¿Crees que ese periodista americano se ocupará de sacar al coronel Chi En Tao de Hong Kong?

—Seguramente… Pero no lo sé. Se me ordenó ponerme en contacto con el coronel Chi En Tao, y ayudarle a salir de China, enviándolo a ver a ese periodista a Hong Kong… Matadme ya… No puedo deciros nada más… Quítame esto… Quítamelo…

—Llama por la radio —musitó el chino director del interrogatorio, sin arrancar la aguja-espina—. E informa de todo.

Su compañero apartó unas cuantas cajas, y luego introdujo dos dedos en un grieta de la pared, entre dos ladrillos rezumantes de humedad; tiró hacia fuera, y un pedazo de aquella pared se abrió. Del hueco, sacó una caja metálica, hermética, que abrió, dejando al descubierto una potente radioemisora, dedicándose inmediatamente a ponerse en contacto con Hong Kong. Durante cuatro o cinco minutos, estuvo hablando con la persona de allá. Luego, al parecer, ya terminado todo cuanto tenía que decir, miró a su compañero.

—Tiang Fu Ti pregunta si hay instrucciones determinadas respecto a lo que debe hacerse con el coronel Chi En Tao cuando lo atrapen en Hong Kong.

—Dile que, a ser posible, deben capturarlo vivo, a fin de ser

ejemplarmente juzgado por traidor a China. Pero si ese intento de capturarlo vivo va a implicar el menor riesgo de que los americanos se lo lleven a Estados Unidos, que lo maten.

El otro comunicó estas disposiciones a Tiang Fu Ti, de Hong Kong. Guardó la radio en la hermética caja de metal, y volvió a colocarla en el escondrijo… Todavía no había cerrado el trozo de pared cuando, bruscamente, la puerta del sótano se abrió, y dos hombres blancos irrumpieron precipitadamente, pistola en mano. El primero en volverse hacia allí fue el jefe de los chinos comunistas. Lanzó un respingo, llevó su mano en busca de la pistola…

Plop.

La bala le dio en la frente, tirándolo contra el prisionero, hundiendo aún más, con su espalda, la aguja en el costado de éste, que lanzó un alarido. El que estaba guardando la radio quiso volverse, también intentando sacar su pistola, pero un balazo en la nuca lo tiró de bruces sobre la caja metálica, resbaló sobre ella y cayó al suelo, en el agujero de la pared.

El tercer chino alzó apresuradamente las manos, en clarísima señal de rendición, y los dos hombres blancos se quedaron mirándolo, con sorna, malignamente.

—Casi merecerías seguir viviendo —dijo uno de ellos, en chino —. Tú y tus compañeros nos habéis facilitado mucho las cosas. Hemos estado detrás de la puerta, oyéndolo todo.

—Me rindo… —dijo el chino—. ¡Me rindo!

—Está bien, hombre, está bien: te rindes. Pero no podemos hacerte mucho caso. Nuestro Tiburón Rojo va a tener mucho trabajo en Hong Kong, y sería estúpido dificultárselo dejándote vivo…

—¿Tiburón Rojo? —murmuró el chino—. Creí que erais de la CIA…

—Esta sí que es buena —sonrió el hombre blanco, fríamente—: confundir a dos agentes de la MVD rusa con dos norteamericanos. Sois bastante torpes, Chan…, o como te llames. Si estuviéramos en un lugar desde el cual pudiéramos enviarte a Moscú, lo haríamos. Pero comprende qué ya es bastante difícil para nosotros movernos por Cantón para complicarnos la vida llevándote a ti. En cuanto a lo de dejarte vivo, sería una estupidez imperdonable. ¿No te parece, Vladimir?

—No hables tanto, Eugeni, y mátalo. Tenemos que salir de aquí en seguida y avisar para que envíen a Tiburón Rojo a Hong Kong… Ese coronel Chi En Tao tiene que ser llevado a Moscú, sea como sea. Termina de una vez…

Plop.

El último de los tres chinos lanzó un chillido al recibir la bala en el vientre; cayó de rodillas, sacó torpemente su pistola, jadeando, y comenzó a alzarla…

Plop.

La bala le acertó justo entre las dos cejas, empujándole violentamente, haciéndole rebotar sobre sus piernas para, finalmente, caer de lado, con los ojos abiertos, la pistola en la mano…

—¿Nos llevamos la radio? —preguntó Eugeni.

—¿Para qué? Ya tenemos radio en Hong Kong. Hay que llegar allá cuanto antes y avisar a Vladivostok, para que nos envíen a Tiburón Rojo, que dirigirá este asunto mejor que nosotros. No perdamos más tiempo: si queremos salir de Cantón hay que aprovechar la noche. Y nos ocuparemos pronto de ese periodista americano, a fin de informar detalladamente a Tiburón Rojo cuando llegue. Vámonos.

—¿Y el prisionero, el pobre Mao Lo, amigo de los yanquis?

Vladimir se volvió y estuvo un par de segundos mirando al prisionero, vacilante. Por fin, alzó su pistola y disparó fríamente, terminando con los sufrimientos de Mao Lo, cuya cabeza colgó blandamente sobre el torturado pecho.

—De todos modos lo habrían matado los… ¿Qué es eso?

Había alzado vivamente la cabeza, igual que Eugeni, mirando ambos hacia el respiradero, donde habían oído un mal contenido grito de sobresalto… Una rata cayó desde lo alto, chillando agudamente…

Los dos rusos cambiaron una velocísima mirada.

—¡Hay alguien ahí! ¡Salgamos a buscarlo!

Se precipitaron hacia la puerta, subieron velozmente los escalones de piedra húmeda y aparecieron en lo que podía definirse como la cocina, que dejaron atrás inmediatamente. Cruzaron una sala amplia, polvorienta, en cuyo centro, a la tétrica luz amarillenta, se veía un chino caído de bruces. Sin hacerle el menor

caso, sin concederle ni siquiera una mirada, salieron a toda prisa a la calle, estrecha, casi a oscuras… Y justo en aquel momento, una figura menuda, velocísima, desaparecía por la esquina de la derecha. Eugeni había alzado la pistola, pero no tuvo tiempo de disparar.

—¡Ha ido por allá…!

—Déjalo. Debe ser alguno del servicio secreto chino. Es mejor que nos alejemos de aquí inmediatamente. Sabemos todo cuanto nos interesaba… Y con tantos informes, me pregunto quién puede ganarle la partida a Tiburón Rojo.

Capítulo Primero

—La señorita está descansando —protestó Peggy, la rubia doncella —. Ha tenido mucho trabajo hoy, señor Pitzer.

—Pues lo lamento de veras, Peggy —gruñó Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA—. Pero tendrá que recibirme. Despiértala.

—Oh, no está durmiendo… Es muy pronto para eso. Ella se está relajando ahora. Por favor, concédale cinco minutos más para que termine sus ejercicios.

—¿Ejercicios? ¿En qué quedamos? ¿Está descansando o haciendo ejercicios? No veo qué relación…

Había seguido caminando hacia el *living*, y, apenas cruzar el umbral, se detuvo, como clavado súbitamente al suelo. Peggy se llevó un dedo a los labios.

—Ssst… Está ahora en Virasana, para conseguir el Sitali Pranapama. Siéntese y espere, por favor.

Pitzer estaba completamente estupefacto, y tardó unos segundos en reaccionar para dirigirse a uno de los sillones. Escogió el mejor situado para contemplar a Brigitte Montfort, que se hallaba sobre la alfombra, en el centro del lujoso *living*. Llevaba puesta solamente una toalla de baño en la cintura, y otra más pequeña en la cabeza, recogiendo sus cabellos. Se hallaba sentada en postura harto incómoda, sobre sus propias piernas, que recibían todo el peso del cuerpo; los pies se abrían un poco, tocando de lleno con el empeine en el suelo…, es decir, en la alfombra; el torso erguido; los brazos, rectos y apuntando hacia el suelo por la parte de los codos, y las manos extendidas con la palma hacia arriba, con los dedos índices y pulgares, parecía estar haciendo el gesto, del okay. Tenía los ojos cerrados, y parecía que no respiraba.

Atónito, el jefe del Sector de espías estuvo contemplando aquella bella y rara imagen de la siempre sorprendente Baby, la agente

secreto más sensacional y efectiva de todos los tiempos. Peggy había desaparecido, y, durante cinco minutos, impresionado, Pitzer permaneció inmóvil, temiendo que si hacía el menor ruido podía ocasionar una catástrofe.

De pronto, Brigitte suspiró profundamente, y se relajó por completo, abriendo los enormes ojos de un azul incomparable. Miró a Pitzer, pero parecía que no lo veía. Por fin, parpadeó, y una dulce sonrisa apareció en sus labios sonrosados.

—Oh, tío Charlie…

—Pe… pero ¿qué… qué demonios está usted haciendo?

—Yoga.

—Ah, eso… Sí, ya recuerdo. ¿Todavía sigue con esas tonterías?

—Esas tonterías, tío Charlie, le costaron a usted un buen pinchazo en cierta ocasión.

—Ejem… Creí que ya había olvidado estas extrañas prácticas.

—Pues ya ve que no —Brigitte se puso en pie, lentamente, y se quedó mirando la toalla de baño, que solamente la cubría de cintura para abajo; miró a Pitzer maliciosamente—. Es usted todo un completo sinvergüenza, tío Charlie.

—Oiga, yo no tengo la culpa de que usted esté vestida así… ¿Qué es eso del Visa… Rasavi…?

—Virasaría. Es una postura de las muchas que suprimen la fatiga…, una vez que se ha adquirido una cierta técnica del yoga, naturalmente.

—¿Y usted ha adquirido esa técnica?

Brigitte se había colocado con un hábil movimiento la toalla, de modo que ahora quedó anudada bajo sus sobacos. Se quitó la que sujetaba sus cabellos, que se desparramaron, brillantes, negrísimos, hacia su espalda y hombros, dando un tono más juvenil y alegre a su belleza sin par en el mundo entero.

—Efectivamente. Poca cosa, sin embargo… No es tan fácil como algunas personas piensan, esto del yoga.

—¡Por supuesto que no es fácil! Si yo estuviese sentado como estaba usted, tan sólo cinco segundos, me rompería las piernas, o, por lo menos, los pies. ¿Qué necesidad hay de torturarse uno mismo?

—Usted no entiende, querido… No es tortura: es dominio del espíritu sobre la materia, de tal modo que el espíritu, o la mente,

consigue lo que quiere. No crea que con el yoga se consigue solamente un gran poder de concentración mental, sino que uno se relaja de un modo absoluto… Es más: incluso hay posturas de curación de enfermedades…

—¡Je! ¡Esta es buena! Ahora, usted va a decirme que con el yoga podría incluso curar mi reumatismo… ¿No es eso?

—Pues… podría intentarlo. Desde luego, le recomiendo la… —Quedó reflexionando unos segundos—. Sí, creo que le irían bien la Akarna Dhanurasona. O la Sirsana, o la Supta Bhekasana… Hay varias posturas. Pero tendría que tomárselo usted completamente en serio. Cosa que dudo, porque su mente es… demasiado occidental.

—¿Acaso la de usted es oriental?

—Mi mente, querido tío Charlie, no es occidental ni oriental, sino, simplemente, una… fuerza universal, capaz de admitirlo todo sin prejuicios de ninguna clase. ¿A qué viene nuestro orgullo occidental? Lo mismo el yoga, que… el judo, por ejemplo, son actitudes que nosotros, los blancos, estamos empezando a comprender ahora. Algunos blancos nada más, desde luego. Por ejemplo, usted cree que el yoga es simplemente una serie de posturas raras, cuando en realidad es una especie de religión mental. En cuanto al judo, que muchos consideran solamente como un sistema de combate, es también una doctrina llena de suavidad, que tiende a hacernos mejores. ¿Usted ha visto alguna vez a un león maltratando a un animal inferior si no es por pura necesidad alimenticia, por ley de supervivencia?

—No, pero…

—Pues eso es el judo: conciencia del poder y bondad para ejercerlo… sólo cuando es estrictamente necesario. Por desgracia, en mi caso, el judo se ha convertido poco menos que en diaria actividad. Y mucho me temo que usted ha venido una vez más a provocar eso… ¿Qué le ha traído por esta humilde morada?

¿Humilde morada? De nuevo atónito, Pitzer. Miró a su alrededor: cortinas magníficas, cuadros legítimos de firmas internacionales, porcelanas auténticas de Sajorna, alfombras persas… Soltó un gruñido, abrió su portafolios y sacó de él unos cuantos papeles, que tendió a Brigitte.

—Tiene que ir a Hong Kong.

—Vaya por Dios… —suspiró la espía divina; de pronto, lo miró

maliciosamente—. ¿Es una orden, tío Charlie?

—Mmmm… Bueno, la Central ha sugerido que usted vaya a Hong Kong.

—Ah. Son unos caballeros muy corteses.

—Sí, claro. Tomará dentro de hora y media un avión nocturno con destino a San Francisco. Allá, a las nueve de la mañana, saldrá hacia Hong Kong, vía Honolulú. Tiene reservada una espléndida *suite* en el Hong Kong Hilton Hotel. Pero quizá la estén esperando en Kai Tak… En el aeropuerto.

—Sé muy bien que Kai Tak es el nombre del aeropuerto de Hong Kong. ¿Qué está pasando allí?

—Tenemos en Hong Kong un magnífico agente, llamado Maxwell Burke…

—Querrá usted decir que se llama Simón —cortó secamente Brigitte.

—Oh, sí… Pero, de todos modos, tendrá que conocer usted ese nombre. Es inevitable. Bien, Maxwell Burke es periodista, como usted, en sus… actividades visibles. Es un buen agente, de verdad. Ahora está esperando que un coronel chino comunista vaya a verlo.

—No me diga.

—El tal coronel se llama Chi En Tao, y por propia voluntad ha escapado de la China continental. Se puso en contacto con uno de nuestros agentes chinos, y le dijo que quería venir a Estados Unidos, y que sólo pedía doscientos cincuenta mil dólares, pasaporte norteamericano, una operación de cirugía facial para no ser posteriormente reconocido, y vivir tranquilamente en las Hawaii o en San Francisco, donde hay los suficientes chinos para que él no llame la atención.

—No pide mucho —musitó Brigitte—. ¿Qué ofrece a cambio?

—Información completa y detallada, al día, del auténtico poderío atómico de la China Roja.

Brigitte quedó con la boca abierta unos segundos, antes de poder lanzar un gracioso silbido de asombro.

—¡Piuuu…! ¡No está nada mal! ¿Y por semejante información pide tan poca cosa?

—Así es.

—Bien… Pues lo traemos aquí, y en paz. ¿Cuál es la dificultad que justificaría mi viaje a Hong Kong?

—Usted lo ha dicho: dificultades. Nuestro agente chino, un tal Mao Lo, fue atrapado por algunos agentes del servicio secreto chino, y obligado a confesar lo que sabía. Afortunadamente, el coronel Chi En Tao había salido ya de Cantón, punto donde efectuó su última etapa hacia Hong Kong. Sin embargo, Mao Lo fue torturado y obligado a confesar todo el sistema de recogida del coronel Chi En Tao, mencionando incluso a Maxwell Burke.

—Vaya… Esto complica mucho las cosas…

—¿Sí? Pues todavía hay más complicaciones, querida. Resulta que, cuando los chinos del servicio secreto habían conseguido esta información de Mao Lo, llegaron dos agentes de la MVD, que los mataron y, al parecer, antes habían oído todo el interrogatorio, de modo que también los rusos están al corriente de esa fuga del coronel Chi En Tao hacia Hong Kong, con destino a USA.

—Mala suerte —torció el gesto Brigitte.

—Pésima. Porque antes de que los rusos mataran a los chinos, éstos habían llamado por radio a Hong Kong, informando a su residente de allá sobre todo el asunto. De modo que tanto los del servicio secreto chino comunista, como los agentes de la MVD, están al corriente, de todo. Saben que el coronel Chi En Tao llegará en cualquier momento a Hong Kong, y que acudirá a ver Maxwell Burke o se pondrá en contacto con él por cualquier medio… Pero eso no es todo aún.

—Aleluya —exclamó Brigitte—. ¡No me diga que se espera un terremoto en Hong Kong para las próximas setenta y dos horas!

—Quizá algo parecido: Red Shark va a intervenir en esto.

—¿El Tiburón Rojo? —musitó Baby.

—Exactamente. El más implacable y efectivo agente con que cuenta la MVD en toda la costa oriental asiática.

—¿Cómo saben que Red Shark va a intervenir en este asunto?

—Parece que un muchacho amigo de Mao Lo, o familiar, no sé esto exactamente, vio cómo los del servicio secreto chino atrapaban a Mao Lo. Los siguió, y pudo entrar en un sótano, o algo así… No sé cómo sucedieron exactamente las cosas, pero el hecho cierto es que ese amigo o familiar de Mao Lo, que según entiendo es muy joven, pudo verlo y oírlo todo. Una gran suerte para nosotros, pues así podemos hacer frente con más tranquilidad a la situación.

—¿Sabe Maxwell Burke que los chinos y los rusos lo tienen…

controlado ahora?

—Por supuesto. Fue él quien se enteró de todo por medio de ese muchachito chino, y nos avisó de lo que ocurría. Como comprenderá, es una situación muy peligrosa para él, y veo muy difícil que pueda ocuparse adecuadamente del coronel Chi En Tao. Eso, si no lo ha matado ya el Tiburón Rojo.

Brigitte miró vivamente a su jefe.

—No creo que lo mate sin más ni más. Si Maxwell Burke muere, el coronel Chi En Tao no aparecerá.

—Esa es nuestra esperanza. Sin embargo, no confiamos mucho en ese… sistema mental de Red Shark. Es un sádico, Brigitte. Más que un espía, es un loco, un asesino por el simple placer de serlo;… Nos ha matado ya más de una docena de agentes en Extremo Oriente.

—Conozco bastante bien el historial del Tiburón Rojo —dijo fríamente Baby—. Y me gustaría… tener una entrevista con él. ¿Todavía no sabe nada sobre su personalidad física?

—Nada. Con él, sucede lo mismo que a los rusos con usted: saben que existe Baby, pero no tienen el menor indicio de quién puede ser en la vida… visible. Se está haciendo tarde —Pitzer miró su reloj—. Sería conveniente que se vistiera. Simón nos está esperando abajo, en el coche.

Brigitte asintió con la cabeza.

—En resumen: ¿qué debo hacer exactamente?

Pitzer la miró asombrado.

—¿De verdad necesita que se lo explique? Bien… Tiene que ir a Hong Kong, arreglárselas para que a Maxwell Burke no le pase nada, y pueda regresar a Estados Unidos… Naturalmente, trayendo con él al coronel Chi En Tao, pues nos interesa muchísimo esa información respecto al actual y auténtico poderío atómico de la China Roja.

—Y todo eso, claro, contando con que los chinos y la MVD tienen localizado a Burke, saben que Chi En Tao buscará contacto con él, y que lo mismo los chinos que los rusos sienten por Chi En Tao un grandísimo interés. Los chinos, para que no divulgue lo que sabe. Los rusos, para ser ellos y no nosotros quienes queden informados del poderío atómico actual de China… ¿No se le ocurre que, ya que voy a Hong Kong, también podría aprovechar el viaje

para traerle claveles chinos, tío Charlie?

—No sería mala idea… —sonrió Pitzer—. Pero que sean legítimos, sin injertos.

—Lo procuraré. ¿Y respecto a Tiburón Rojo? ¿Qué hago con él? ¿Le pido un autógrafo? Porque, querido mío, tal como usted me ha planteado esta misión, lo mismo daría ir al Directorio de la MVD y decirles a los rusos que me inviten a Perignon con guindas.

—Ya sé que no es un trabajito fácil —murmuró Pitzer—. Pero usted es Baby, ¿no?

—La misma que ama y mata.

—Pues demuéstrelo. En cuanto a Red Shark, el famoso tiburón rojo de la MVD, la CIA no lo necesita para nada. Mátelo.

Baby Montfort sonrió dulcemente.

—Con muchísimo gusto, tío Charlie.

Capítulo II

—¿Baby?

Brigitte se volvió y se quedó mirando sonriente al hombre que le había hecho la pregunta. Un tipo ancho, grueso, calvo, bajito, con cara de tener muchísimos amigos; su pecoso rostro estaba estirado en una simpática sonrisa llena de interés, de gran curiosidad. Vestía de blanco, y parecía habituado en todos los aspectos a Hong Kong, porque, incluso antes de que ella respondiera, dio rápidas instrucciones, en su idioma, al chino que se había hecho cargo del equipaje de la espía.

—¿Cómo dice?

—Yo soy Simón. Uno de los muchos Simones.

—Es un placer, Simón. No estaba segura de que alguien viniera a esperarme.

—Se decidió a última hora. Yo soy… el más indicado para este primer contacto. Tengo todo el aspecto de un hombre feliz, comilón y despreocupado. ¿Ha tenido buen viaje?

—Sí, sí. Gracias.

—La sacaré de Kai Tak. Me he ocupado de alquilar un coche, que voy a dejar a su disposición. Por el momento, la llevaré a su hotel, y ya sólo me quedará esperar sus instrucciones…, si es que decide seguir aceptando mi colaboración.

—Lo pensaré —volvió a sonreír Brigitte—. Vamos al coche:

Simón hizo una seña al maletero chino, y se dirigió a la salida del aeropuerto internacional de Hong Kong. Brigitte tenía la sensación de que nada había cambiado allí, incluso respecto a las personas. Pero esto le sucedía con frecuencia últimamente. Viajaba tanto, que cuando llegaba a un lugar en el que ya había estado antes, creía que el tiempo se había detenido, y que todo era lo mismo que la vez anterior. En Hong Kong, lo que más destacaba eran los chinos… Chinos por todas partes, lógicamente. Y luego,

aquel inevitable grupo de viajeros sonrientes, que llegaban o se iban. La mayoría, blancos que habían acudido o acudían a la exótica ciudad en busca de diversión, de algo nuevo, dé algo diferente…, para lo cual tenían que ir a Kowloon, o al puerto de Aberdeen, ya que la gran ciudad, en su parte occidentalizada era, más o menos, como cualquier ciudad americana…

Llegaron al *parking*, el equipaje fue colocado en el maletero, y el chino se alejó, tras cobrar su servicio de manos de Simón, que se colocó al volante, junto a Brigitte, que había sido la primera en entrar, mientras Simón se ocupaba del equipaje.

—La situación —dijo en el acto Simón— está muy mal. Maxwell se halla en un grave aprieto. Lo sensato, en una coyuntura como ésta, sería sacarlo inmediatamente de Hong Kong, y así se lo propusimos algunos compañeros. Pero él se niega. Dice que si él se va, perderemos toda posibilidad de encontrar al coronel Chi En Tao, y, ciertamente, esto es lógico e indiscutible. Tampoco quiere Maxwell recibir ayuda de ninguna clase. Dice que es suficiente que los chinos y los rusos le hayan identificado a él, y que no quiere que nadie más se arriesgue. Nos ha prohibido terminantemente el menor acercamiento a su persona.

—¿Es de los que aceptan morir solos? —musitó Brigitte.

—Maxwell es… Bueno, quizá llegue a conocerlo, si no nos lo matan antes. El dirige todo el servicio de la CIA en Hong Kong, y sus compañeros le queremos de verdad. No es hombre para ser sacrificado, Baby. Ni siquiera por ese coronel chino que el diablo se lleve.

—¿Está tratando de decirme algo, Simón?

—Ejem… Así es. En mi nombre y en el de los demás Simones de Hong Kong, le pido que ordene a Maxwell Burke que se vaya inmediatamente a casa. Nos tiene prohibido incluso que le llamemos por la radio. Pero usted puede hacerlo, y sabemos que su autoridad está por encima de todos los jefes locales. Ordénele que vuelva a Washington, o…

—Tranquilícese. Si las cosas se ponen mal yo me ocuparé, en lo posible, de que a Maxwell Burke no le suceda nada. Por el momento, tengo que estudiar más detenidamente la situación aquí. ¿Tenemos alguna fotografía del coronel Chi En Tao?

—No.

—Eso dificultará todo el trabajo.

—Ha sido hasta ahora un oscuro coronel, eso es todo. Jamás nadie se ocupó de él, en ningún sentido. Los únicos que sin duda saben cómo es Chi En Tao son los agentes secretos chinos que hay en Hong Kong. Ellos sí deben tener fotografías de ese coronel.

—Pues sería interesante encontrar a uno de esos agentes chinos y quitarle la fotografía.

Simón respingó y volvió la cabeza hacia Brigitte.

—Sí, sería interesante —admitió—. Así, quizá veamos al tal coronel, y podríamos abordarle. De este modo, es posible que pase delante de nuestras narices y nosotros sigamos tan campantes.

—Lo extraño es que no se haya comunicado todavía con Maxwell Burke. ¿O sí lo ha hecho?

—No. Y, efectivamente, ha tenido tiempo de sobra. Calculamos que llegó a Hong Kong anteanoche. Sólo tiene que buscar el nombre de Max en un listín, y encontrará la dirección y el teléfono. Puede ir a la casa de Max, o llamarlo… Pero no ha hecho nada de eso.

—Debe estar muy asustado… Quizá se ha acercado a la casa de Burke, y ha visto que lo vigilan… ¿Qué sabemos de Red Shark?

Simón respingó ligeramente, y, mirándolo de reojo, Brigitte vio que su compañero había palidecido un poco.

—Nada… —mascullό—. No se sabe nada de él. Pero no haga caso. Aparecerá en el momento oportuno… para él, claro. Mientras tanto, dejará que su pez piloto vaya haciendo el trabajo fácil.

—Me parece que no le entiendo muy bien, Simón…

—¿No sabe por qué le llamamos Tiburón Rojo?

—Pues… no exactamente. Sin embargo, puesto que parece que mi nombre de Baby fue decidido por algo que afecta a mis particularidades físicas, supongo que lo mismo pasa con Red Shark… ¿No?

—Se le llama Tiburón por su modo de actuar: es voraz, maligno, cruel, y ataca a traición siempre que le es posible. Además, siempre envía por delante un pez piloto. ¿No ha visto nunca esos peces que nadan siempre cerca de los tiburones, preferentemente por delante, vigilando la ruta? Casi cada tiburón tiene su pez piloto, que va en avanzadilla, vigilándolo todo. Mientras el tiburón ve por delante, tranquilo, a su pez piloto, comprende que todo va bien. Y si algo ha de ocurrir, pues… le ocurre al pez piloto, no al tiburón. A Red

Shark le hemos privado ya de algunos peces piloto, pero él siempre encuentra uno nuevo. Agentes secundarios de la MVD, que aceptan cualquier cosa con tal de aprender del maestro, de estar en relación con él. Y él se aprovecha de esto. Puede estar segura: Red Shark está bien tranquilo y a salvo ahora, mientras su pez piloto actual está vigilando a Maxwell. En el momento que crea oportuno, Red Shark intervendrá personalmente. En cuanto a la palabra Rojo, es lógica, tratándose de un agente comunista, ¿no le parece? El Tiburón Rojo. Parece que este sobrenombre que nosotros le pusimos llegó a oídos de tan famoso caballero, y le gustó de modo que sabemos que ahora le llaman así sus mismos compañeros de la MVD.

—¿No tienen el menor indicio sobre sus características físicas? ¿Es rubio, pelirrojo, alto, bajo…?

—Ni el más pequeño detalle. Y eso que nos ha matado a catorce compañeros en tres años y pico, desde Vladivostok a Singapur. Creemos que tiene su cuartel general en Vladivostok. Créame: cuando sabemos que Tiburón Rojo está cerca, los de la CIA, y hasta los chinos, nos sentimos bastante molestos.

—¿Y amedrentados? —sonrió fríamente Brigitte.

—Bien… ¿A qué negarlo? Mire, usted ya sabe lo que pasa entre los agentes secretos. A veces, nos descubrimos unos a otros, y entonces, nos dedicamos a vigilarnos mutuamente, de un modo más bien pacífico, a menos que surja un asunto en verdad importante. En general, salvo que el asunto así lo requiera, no nos atacamos, ni nos molestamos demasiado unos a otros. Casi siempre, nos dedicamos a pequeñas cosas que no tienen ninguna trascendencia, y procuramos que cada cual haga su trabajo mientras no perjudique el nuestro… ¿No es así?

—Así suele ser, entre espías de poca acción.

—Pues bien: Tiburón Rojo no acepta esas… pacíficas relaciones. Agente de la CIA o de cualquier otro organismo que él descubre, puede darse por muerto. Y no crea que lo mata en una pelea, a balazos… No, no. Eso sería demasiado simple e ingenuo. No, no… Le mata por la espalda casi siempre, clavándole algo… Un hierro, o algo así. Es como un gran punzón, a juzgar por la herida que deja. Siempre por la espalda, siempre atravesando el corazón de un solo golpe con ese gran punzón que rompe incluso el hueso, si encuentra

alguno en su recorrido. Es una bestia asesina, un maldito monstruo que…

—Cálmese —musitó Brigitte—. Y no se preocupe ya más. Incluso para un tiburón de esa envergadura puede existir un pescador.

—¿Usted? —La miró sobresaltado Simón.

—¿Por qué no? Siempre me ha parecido emocionante la pesca del tiburón, Simón. ¿A usted no? Dígame una cosa: ¿algunos de nuestros compañeros están cerca de Maxwell, protegiéndolo?

—Él no lo sabe, pero… sí. Hay dos, cerca de su casa.

—Que se retiren.

—¿Cómo? —exclamó Simón.

—Que se retiren. ¿Tenemos algún medio para localizar al muchacho que en Cantón se enteró de todo esto?

—Temo que no. Se presentó en Hong Kong, en la casa de Max, y le explicó lo ocurrido. Luego, desapareció. No sabemos nada más de él.

—¿Es de confianza?

—¿De confianza? —Simón quedó perplejo—. A decir verdad, yo no considero digno de confianza a ningún chino. Sin embargo, parece que era sobrino-nieto de Mao Lo, y que Max confiaba tanto en Mao Lo como en sus amigos o familiares. No sé qué más decirle. Oiga: ¿de veras quiere que se retiren nuestros compañeros, que no sigan protegiendo más a Max?

—No me gusta repetir mis instrucciones, Simón. ¿Qué clase de vida está haciendo Maxwell Burke estos días?

—Casi normal, excepto que sale de casa mucho menos, por si el coronel Chi En Tao lo llamase o fuese a verlo.

—No creo que vaya a verlo, En cuanto a llamar, se lo está pensando mucho, según parece. Por fuerza tiene que haber notado algo alrededor de la casa de Burke…, y no le gusta. Es comprensible su gran cautela, desde luego.

—En definitiva, estamos perdiendo el tiempo… Y mientras tanto, Max está en peligro. A pesar de lo cual, él no quiere marcharse, ni que sus compañeros le ayudemos. Encima, llega usted, y dice que le retiremos la protección. Ah, una cosa: el muchacho chino que llegó desde Cantón, Dios sabe cómo, mencionó a Max unos nombres. Uno de esos nombres es chino, y pudo entenderlo bien: Tiang Fu Ti, que parece ser alguien importante del

espionaje chino en Hong Kong, ya que fue a él a quien le llamaron sus amigos de Cantón.

—Lo recordaré. ¿Y los otros dos nombres?

—Son rusos, y corresponden a los dos hombres que mataron a los chinos comunistas y remataron a Mao Lo. El muchacho no supo definir bien esos nombres a Max, pero él dice que pueden ser Eugeni y Vladimir.

—Okay. ¿Qué hace? ¿Está deteniendo el coche?

—Así es. Vamos a despedirnos ahora. Entiendo que usted conoce Hong Kong, de modo que no le costará llegar a su hotel. ¿Bajo qué nombre está, registrada?

—Nora Tisdale, ciudadana británica, según me dijo tío Charlie.

—¿Quién?

—Un amigo —sonrió Brigitte—. ¿Conoce al hombre de ese otro coche? Nos está mirando con mucho interés… y nos sigue hace rato.

Simón había detenido el coche fuera de la pista, muy cerca de otro coche, que acababa de rebasarlo, para detenerse en seco, cosa que podía inquietar a cualquiera, sobre todo después de haber sido seguido.

—Puede llamarlo Simón —sonrió Simón—. No se preocupe. Es de los nuestros.

—¿De veras? —Brigitte sacó una manita por la ventanilla, y la agitó con un gesto de simpatía hacia el otro espía, que contestó con un gesto parecido, sonriendo—. No sé vaya todavía, Simón. Espere a que me haya arreglado.

—¿Arreglado? Yo diría que usted no necesita arreglos de ninguna clase.

—Ya verá cómo sí.

Abrió el maletín rojo con floréenlas azules, que, como siempre, se había negado a colocar con el equipaje, y, ante los atónitos ojos de Simón, comenzó la metamorfosis, una peluca rubia ocultó los hermosos cabellos negros, unas microlentillas de tono algo más oscuro que el diáfano azul de los más hermosos ojos del mundo cambiaron notablemente el aspecto de Baby. Y, por último, dos delgadas almohadillas de espuma, colocadas en las mejillas, naturalmente dentro de la boca, fueron suficientes para que la transformación, simple y rápida, resultara asombrosa. En seguida, Brigitte sacó un pasaporte, que abrió y tendió a Simón.

—¿Estoy bien? —preguntó.

El agente de la CIA miró la fotografía del pasaporte, luego aquel nuevo rostro femenino, y asintió con la cabeza.

—¿Cómo ha podido entrar con este pasaporte, si tenía otro aspecto que el de ahora…?

—Para entrar en Hong Kong he utilizado mi verdadero pasaporte y mi verdadero aspecto. Pero ahora, como supongo que tendré que empezar muy pronto a hacer… cosas malas, prefiero adoptar otra personalidad. Tengo que conservar mi buen nombre, querido. Ahora, sólo tengo que ocultar mi verdadero pasaporte, dejar bien visible el de *miss* Tisdale, y ya está todo en marcha. ¿Alguna duda? ¿Alguna pregunta?

—Pu… pues no… No. Oiga, este pasaporte está perfectamente falsificado, con todos sus visados… Hacía años que no veía nada tan bien hecho.

—En la Central me cuidan mucho —sonrió Brigitte—. No van a exponerme a contratiempos sólo por no preparar bien un pasaporte. ¿Sabe si Maxwell Burke tiene a la mano su radio de bolsillo?

—Supongo que sí. Pero nos ha prohibido que le llamemos. No quiere que nadie más que él corra este riesgo, ya se lo he dicho.

—Sí, entiendo. Ciao, Simón.

—Ciao. Estaremos esperando en todo momento sus instrucciones.

—Vale.

Simón se apeó, y Brigitte puso de nuevo en marcha el coche.

Cuando pasó junto al otro vehículo, volvió a sacar una mano por la ventanilla, hacia el otro Simón…

—*Ciao*! —saludó.

—*Ciao*! —gritó Simón.

El gordito llegó al coche, entró, sentándose junto a su compañero, y se quedó mirando el auto que se alejaba.

—Demonios… ¿Has visto qué metamorfosis ha experimentado esa chica?

—No muy bien, pero lo bastante para estar admirado, desde luego. ¿Qué opinas de ella?

—No sé… Es Baby, ¿no? Supongo que, de un modo u otro, se las ingeniará para estar a la altura de las circunstancias. Además, ya sabes cómo dicen que quiere a todos sus Simones… Sacará a Max

del apuro, ya verás.

—Trae orden de matar a Tiburón Rojo.

—Lo sé. Pero… Bueno, no hay que exigirle demasiado: salvar a Max del cerco, recoger a ese coronel chino, matar a Red Shark… Sinceramente, me conformaría con que librase a Max de la muerte. Sólo con eso, con sacarlo del cepo en que lo han metido, esa chica tendría mi admiración y respeto. Bueno, vámonos ya.

Capítulo III

Exactamente a las cinco de la tarde, la agente Baby abrió los ojos; como siempre, aquella especie de despertador que tenía en el cerebro había funcionado a la perfección. Se levantó, miró la radio de bolsillo que había dejado sobre la mesita de noche, y frunció el ceño. Encendió un cigarrillo y fue a la terraza de la espléndida *suite*, orientada hacia la bahía. Sin preocuparse lo más mínimo por el hecho de estar solamente en prendas íntimas, permaneció allí unos minutos, fumando, pensativa. Hong Kong, con su exotismo, ya no la impresionaba… Es lo malo de viajar tanto, de conocer tantas cosas diferentes. Allá tenía la bahía, con barcos de todas clases y tamaños, los sampanes, las inconfundibles siluetas de los juncos… Más cerca, los rascacielos que daban a Hong Kong su nota desconcertante. Miseria y lujo en una misma ciudad de más de tres millones de habitantes. Cosas normales y cosas raras. Chinos, blancos, malayos, japoneses, hindúes… ¿Y qué?

La único importante en aquellos momentos era buscar una solución para el aprieto en que se encontraba su compañero Maxwell Burke. Eso sí era importante. Lo de llevarse a Estados Unidos al coronel Chi En Tao, era secundario, para ella. Los servicios informativos de la CIA estaban más o menos al corriente del poderío atómico de la China comunista… Claro que una información actual y de viva voz de un hombre que parecía estar perfectamente al corriente de esto, no podía ser desdeñada. Sacar a Maxwell del cepo, recoger a Chi En Tao, eliminar a Red Shark. ¡Ah…! Y llevarle claveles chinos a tío Charlie.

Se sorprendió a sí misma sonriendo, de pronto. Encogió los hombros, entró en la *suite* y recurrió al listín. Allí estaba. Demasiado fácil de localizar. Muy cómodo para los chinos y los rusos…

Se vistió, recogió su maletín y abandonó la *suite*.

Estaba decidido: haría una visita personal a Maxwell Burke.

El viejo criado chino que le había abierto la puerta del jardín la escuchó atentamente, sin duda, pero su rostro permaneció inalterable. Tras recibir las explicaciones de la espía, guió a ésta hacia la entrada de la casa… Era bonita, pero más bien pequeña. Eh el jardín, también muy pequeño, había cerezos y almendros, rodeando un pequeño estanque en el que había peces de colores. Alrededor de la casa, varias clases de flores… La casita estaba en 12 Terrace, y desde allí se veía la bahía, y, hacia abajo, más terrazas llenas de casas, aprovechando al máximo el terreno…

Entraron en el vestíbulo, y el criado chino señaló un silloncito de junco, mientras se dirigía hacia una de las puertas. Entró por allí y salió a los pocos segundos, detrás del hombre que apareció apresuradamente, sonriendo, con ambas manos tendidas, en un gesto cordialísimo, simpático, arrollador.

—¡Señorita Tisdale! —exclamó—. ¡No sabe cuánto agradezco su visita!

Se estrecharon la mano, sonriendo ambos.

—Es usted muy amable, señor Burke.

—¿Yo? ¡Por favor…! No tenía ni idea de que el viejo Woods iba a enviar a nadie a Hong Kong… ¡Habría ido a esperarla! ¿Cómo están, las cosas por San Francisco? ¿Qué vida llevan mis viejos amigos: John Wallace, Perry…? ¡Entre, por favor, va a tener que contarme muchas cosas!

La tomó de un brazo, llevándola hacia el exótico *living* que se podía ver ahora, abierta la puerta: Pero, si el *living* era exótico, el agente de la CIA Maxwell Burke era interesantísimo. Medía más de seis pies, era un atleta sensacional, y su elegancia, incluso con aquel batín corto, negro, con pequeños dragones bordados en todas partes, era algo fuera de lo común. Debía tener treinta y cinco años, rebosaba vitalidad e inteligencia, y, posiblemente, excepto Número Uno, era el hombre más apuesto, atractivo y viril que la agente Baby había conocido jamás. Y, desde luego, más simpático que Número Uno, cuyo carácter era demasiado recio para permitirle expansiones de aquella clase.

Apenas entrar en el *living* ambos, un chino se alzó del sillón que había estado ocupando, volviéndose, sonriendo de aquel modo tan… chinesco que no significaba nada.

—Oh… Pero, señor Burke, si usted está ocupado…

—¡Ya terminábamos! Aunque, de todos modos, eso no tiene importancia. Estoy seguro de que usted no molestará en lo más mínimo al señor Ti.

—Por el contrario —el chino se inclinó suavemente—. Es una alegría para los ojos su presencia, señorita.

—Les presentaré —sonrió Burke; señaló al chino primero—. El señor Tiang Fu Ti… La señorita Tisdale, una colega a la que no tenía aún el gusto de conocer… Pero esa desdicha ha sido ya remediada.

—Hermosas palabras —sonrió de nuevo Fu Ti—. Se nota que lleva usted tiempo tratando con chinos, señor Burke. Mi placer no puede ser descrito, señorita Tisdale.

—Pues… lo mismo digo —rió Brigitte, aceptando la mano del chino—. Lamento no tener imaginación para construir una frase más hermosa.

—Es usted muy amable…

Se quedó mirándolo, sonriente. En absoluto se había alterado al oír el nombre de aquel chino: Tiang Fu Ti, es decir, el hombre que había recibido una llamada desde Cantón… Era de buena estatura, esbelto, impecable con su traje blanco bien planchado. Tenía la cabeza absurdamente redonda, y los ojos absurdamente grandes para un chino. Negrísimos, desde luego, como su lacio cabello peinado pulcramente con raya al lado. Resultaba agradable. Su edad no podía ser superior a los cuarenta años.

—Bueno… —exclamó Burke—. ¿Cuándo ha llegado? Espero que haya tenido un excelente viaje. ¿Hizo escala en Honolulú?

—Sí, por supuesto. Ha sido un viaje muy agradable… Tiene usted una bonita casa, señor Burke. Y un jardín encantador. Por cierto, el señor Woods me encargó que, si era posible, le llevase unos cuantos claveles chinos. Auténticos, naturalmente.

—Vaya… El viejo Woods siempre tan caprichoso. Claro que tengo algunos claveles chinos… ¿Qué quiere tomar?

—Un *whisky* en seco.

—Ah, magnífico… ¿Señor Ti?

—Pues… nada. Creo que debo marcharme. Podemos continuar nuestra conversación en cualquier otro momento, señor Burke. Usted y la señorita Tisdale tendrán muchas cosas que contarse. Ah, señorita Tisdale, respecto a los claveles chinos para su señor Woods,

si no los encuentra en el jardín del señor Burke, puede disponer del mío.

—Oh… Muchas gracias. Pero no quisiera…

—¡Por favor! Hace tiempo que venía preguntándome si habría en el mundo algo más hermoso que las flores de mi jardín. Si usted me concede el honor de visitarme, acabaré de convencerme de que, en efecto, existe algo más hermoso que mis flores.

—Señor Ti… No sé qué decir… Me abruma usted.

—Soy yo quien se marcha abrumado. Adiós, señor Burke… Señorita Tisdale, espero que me conceda usted el privilegio de llevarse unos cuantos de mis claveles. ¿Hasta pronto?

—Estaré encantada de volverlo a ver, señor Ti.

—El señor Burke le dirá dónde tengo mi humilde morada a su disposición. Buenas tardes.

—Le acompañaré —dijo Maxwell.

—No, no… Jamás me perdonaría que por mi culpa desatendiera a la señorita Tisdale. Encontraré el camino, por supuesto.

Efectuó una inclinación de cabeza y se dirigió, hacia la puerta. Burke fue hasta allá con él, dejando al cuidado de su criado acompañarlo hasta el porche. Hasta que la puerta de la casa se hubo cerrado, Maxwell Burke se dedicó a servir *whisky* en dos vasos. Tendió uno de ellos a Brigitte, casi bruscamente.

—¿Está loca? —Gruñó—. ¿Cómo se le ha ocurrido venir aquí? ¿No sabe que estoy metido de lleno en un cepo?

Su actitud había cambiado completamente. Brigitte se limitó a sonreír, alzando su vaso.

—A su salud, señor Burke.

—¡Qué salud ni qué narices! ¡Usted es una insensata, querida jovencita! ¿No le dijeron qué el cerco…?

—Cálmese. Sé muy bien lo que estoy haciendo. He visto al llegar un coche con dos hombres, dentro. Supongo que son rusos. Pero no he visto a los chinos. ¿Dónde están?

—Más arriba, en la parte alta de la terraza, metidos como conejos tras unas matas. ¿Qué se propone usted? ¿Que la maten?

—Señor Burke, usted quizá no ha… entendido bien: soy la agente Baby.

—¿Qué me dice? —exclamó Burke sarcástico—. ¿Y qué? ¿Significa eso que no pueden matarla?

—Será mejor que tomemos las cosas con calma. Nadie hará nada, hasta que el coronel Chi En Tao dé señales de vida cerca de esta casa. ¿Lo ha hecho? ¿Le ha llamado, quizá?

—No.

—Entonces, tranquilícese. Dígame, ¿qué hacía aquí ese chino? Según me ha contado Simón, es el que recibió el mensaje de radio desde Cantón informándole que Chi En Tao vendría a ponerse en contacto con usted… ¿Estoy equivocada?

—En absoluto.

—Pues no comprendo. ¿Son amigos usted y Tiang Fu Ti?

—Mmmmm… ¿Amigos? Algo parecido. Hace ya algún tiempo que Fu Ti se puso en contacto conmigo… Aseguró que precisaba de un hombre como yo, dinámico, inteligente… Cosas así. Tiene un negocio de tipo… bancario, y está pensando extenderlo a Estados Unidos. Me aseguró que yo podía serle muy útil, pues tengo amigos allí que podían ayudarle. Por el momento, le he conseguido clientes norteamericanos, de modo que él está contento y me paga unas muy aceptables comisiones.

—¿De veras? —rió Brigitte—. ¡Es una situación de lo más chocante! ¿Acaso él no había sabido hasta ahora, que usted trabaja para la CIA?

—¿Cómo puedo saberlo? Es de suponer que sí, desde luego. Resulta un tanto difícil que un espía engañe a otro. A mi vez, yo sospecho de Fu Ti, pero con calma. Seguramente, la situación se habría sostenido mucho tiempo si no hubiera ocurrido este asunto del coronel Chi En Tao. Tal como están las cosas ahora, Fu Ti y yo tendremos que poner las cartas boca arriba en cualquier momento. Naturalmente, él ha venido aquí esta tarde a fisgonear. Quizá haya pensado que Chi En Tao ya está en esta casa, y ha querido ver si podía… olerlo.

—Desde luego, la situación no es agradable.

—Pero tiene su lado cómico —sonrió de pronto Maxwell—. ¿No le parece?

—Quizá. De todos modos, no vamos a prolongarla más.

—¿Cómo? ¿De qué habla?

—Usted va a marcharse de aquí, Maxwell. Esta misma noche.

—¿Sin el coronel Chi En Tao?

—Con el coronel Chi En Tao —sonrió Brigitte—. ¿Dónde tiene la

casa nuestro… colega Tiang Fu Ti?

—Más arriba, en el Peek, en el… seis mil veintidós de Buckingham Road… Oiga, ¿de qué está hablando? ¿Qué es eso de que yo me iré con el coronel Chi En Tao? ¿Acaso sabe usted que va a venir esta noche?

—No.

Maxwell Burke parpadeó.

—No comprendo —musitó.

—Pues se lo explicaré. Simón se encargará de buscar algún amigo chino que se presentará esta noche aquí en su casa. Aparentemente será el coronel Chi En Tao, de modo que nuestros colegas rusos y chinos se dispondrán a entrar en acción… Para cuando vayan a darse cuenta, usted y el supuesto coronel Chi En Tao habrán sido recogidos por un helicóptero, y llevados lejos de aquí. Inmediatamente, usted será enviado a Estados Unidos, y su rastro quedará definitivamente borrado.

—¿Y el verdadero Chi En Tao?

—Yo me ocuparé de eso.

—¿Sí? ¿Cómo? Chi En Tao sólo querrá hablar conmigo, con Maxwell Burke. Si cuando llame él, yo no estoy en casa, no vendrá. Jamás lo podría encontrar.

—Yo hablaré por teléfono con Chi En Tao, y le convenceré.

Maxwell Burke se quedó mirando en silencio, fijamente, durante casi medio minuto, a la espía internacional. Por fin, soltó un gruñido.

—Está perdiendo su tiempo, Baby. No haré eso.

—Es una orden. Tengo autoridad sobre todos los jefes locales de la CIA.

—Pues usted y sus órdenes se van a… paseo. ¿Está claro?

—¿Se niega a obedecerme?

—He aquí una chica lista —ironizó Burke.

Ahora fue Brigitte quien sé quedó mirando fijamente a su compañero de la CIA. Bebió un sorbito más de *whisky*, y dejó el vaso, y se puso en pie.

—Avíseme cuando le llame Chi En Tao —dijo, ya caminando hacia la puerta.

—¡Cómo! ¿No piensa usted exigir que le obedezca? —preguntó socarronamente Maxwell.

—¿Por qué? Si usted quiere que le maten, es cosa suya. Es su vida, Maxwell, no la mía. Llámeme por la radio cuando haya alguna novedad. Si no le contesto inmediatamente, vaya insistiendo cada diez minutos. Es todo.

—Un momento, un momento… ¡Usted no puede irse tan pronto! Se supone que tenemos muchas cosas en común, que me contará detalles del periódico en el cual trabajamos juntos…

—Señor Burke: en este asunto, nadie está engañando a nadie. ¿Por qué molestarse en tontos fingimientos?

—Mmm… ¿Está diciendo que le resulta desagradable estar conmigo?

—He aquí un chico listo —sonrió Brigitte secamente. Y agitó una manita—. ¡Adiós, señor Burke!

—¡Eh, un momento…! ¿Se va usted? ¡No puede hacer eso!

—¿Por qué no?

—Demonios, acaba usted de llegar… Se supone que tenemos que…

—Ya ha dicho eso antes, si no recuerdo mal.

—Bueno… —Burke se acercó, sonriendo, y dio unas palmaditas a Brigitte en una mejilla—. No sea tan áspera conmigo, jovencita. Usted es Baby, y yo soy un queridito Simón. ¿O no?

—Lo es —sonrió de pronto Brigitte.

—Magnífico. Veamos… ¿No se dice que usted tiene los cabellos negros?

—Los tengo de todos los colores.

—¡Je, je! ¡Buena respuesta! Oh, vamos, supongo que lleva peluca, microlentillas… Magnífico. Ahora, quiero pedirle un enorme favor, Baby.

—Le escucho.

—Puesto que aún nadie ha podido verla con su verdadero aspecto, márchese de Hong Kong. Utilice su radio, llame a los compañeros que hayan podido ser vistos conmigo, y márchense todos. Déjenme solo.

—Está… bromeando, sin duda —musitó Brigitte.

—¿Bromeando? ¡Estoy pidiéndole que saque a mis compañeros de este cepo!

—Sus compañeros me han pedido que lo saquemos a usted.

—¡No quiero que nadie corra peligro por mi causa! En Cantón se

cometió un error, y ahora, yo estoy completamente controlado por la MVD y el servicio secreto chino… ¿No es suficiente que me hayan inutilizado a mí y esté en peligro de muerte? ¿Por qué arriesgar más vidas? Mire… Tiburón Rojo está nadando por estas aguas… No quiero que ninguno de mis compañeros aparezca con un agujero de punzón gigante en la espalda. Recójalos y márchense. Yo me ocuparé de todo.

Brigitte estuvo unos segundos mirando atentamente a Maxwell Burke, a los ojos. Por fin, tomó una mano de él y la apretó cálidamente.

—Como se suele decir, Simón, estamos en el mismo barco. No vamos a abandonarlo a usted ahora. Comprendo su intención, y me parece admirable, pero… nadie se irá de Hong Kong. En cuanto a Tiburón Rojo, déjelo de mi cuenta: sólo con que me dé una pista, tengo suficiente para salir a pescarlo. Mientras tanto, estoy en el hotel Hong Kong Hilton, y cuando haya alguna novedad, puede llamarme allí por teléfono si por cualquier circunstancia no pudiera utilizar la radio. Adiós, Simón.

—Pero…

—Es todo.

Baby se besó la punta de un dedito, y tocó con él los labios de Maxwell Burke. Luego, sonriendo, se marchó, tan rápidamente que no dio tiempo a Burke para intentar detenerla.

El criado chino le abrió la puerta, y la espía se lo agradeció con una sonrisa. Cruzó el jardín, salió a la avenida, y caminó directamente hacia donde había dejado el coche, mirando de reojo hacia el otro coche, que esperaba al otro lado, algo más abajo. Los dos hombres blancos continuaban allí. Desde luego, tenían que ser los rusos. Seguramente, los llamados Eugeni y Vladimir… Cuando entró en el coche, aprovechó para mirar hacia atrás, hacia las matas tras las cuales, según Maxwell Burke, estaban los chinos vigilando la casa. No pudo ver nada.

Pero poco después, cuando descendía ya hacia el núcleo ciudadano, vio el coche que la seguía, y, al volante, un chino. Había que aceptarlo así. Como ella misma había dicho a Burke, nadie estaba engañando a nadie en aquel asunto.

Capítulo IV

Hacia las nueve de la noche, la agente Baby se hallaba en el bar-terraza del hotel, saboreando plácidamente una copa de champaña… con guinda, evidentemente. Ocupaba ella sola una mesita, cerca del, borde de la terraza, y parecía dedicar su atención exclusivamente a la piscina, donde varias personas disfrutaban de un refrescante, y, sobre todo, divertido baño. Más allá estaban las pistas de tenis perfectamente iluminadas; y no faltaba quien tenía humor para practicar tal deporte en plena noche… Sin embargo, a pesar de que parecía únicamente interesada por la piscina y el tenis, la divina espía no perdía de vista al chino que la había seguido desde la casa de Maxwell Burke.

Era un chino con una desfachatez admirable. Cuando llegó al hotel, la esperó en el vestíbulo mientras ella subió a cambiarse para la cena. Durante la cena, ocupó una mesita cercana a la de ella; y ahora, en plena calma, inexpresivo su amarillento rostro, se dedicaba a beber agua tónica, mirándola de cuando en cuando, inmóvil en una mesita colocada junto a unos setos muy espesos; el chino daba la espalda a los setos, de modo que, desde tan privilegiada posición, podía ver todo cuanto ocurría ante él.

Pero debía aburrirse enormemente, porque, la siguiente vez que Brigitte lo miró, el chino estaba con la cabeza caída sobre el pecho bien recostado en su asiento, como dormitando, lo cual hizo sonreír a Brigitte, pensando que el pobrecillo llevaba demasiado tiempo sin dormir vigilando a Maxwell Burke…

—Señorita, perdone mi curiosidad… ¿Qué está usted tomando?

Baby desvió rápidamente la mirada del chino, para fijarla en la persona que la interrogaba. Le había hablado en inglés, pero con clarísimo acento francés. Era una dama como de cincuenta y cinco años, vestida con mucha seriedad y elegancia, y peinada tan primorosamente como si acabara de abandonar el salón de belleza.

Llevaba lentes que declaraban una considerable miopía, y, en la mano derecha, sujetaba férreamente, como si temiera que se lo robaran, una encantadora sombrilla que lo mismo debía servir para el sol que para la lluvia. Sólo que en aquel momento no llovía, ni, mucho menos, lucía el sol. El aspecto general de aquella dama originaba en el acto una corriente de simpatía hacia ella.

—Champaña con guinda, *madame* —dijo en francés.

—¡Ah! —exclamó ella, casi con un alarido de alegría—. ¿Es usted francesa?

—Pues…, no. Soy inglesa, *madame*.

—Oh. Bien…

—Lamento haberla defraudado —sonrió la espía—. Sin embargo, si lo que usted desea es conversar con alguien en francés, estaré encantada de complacerla.

—¿De veras? ¡Es usted muy gentil! Como habrá comprobado, hablo bastante bien el inglés, pero… No sé. Noto como si la lengua se me quedase pegada al paladar… Es una tontería, ¿verdad?

—No creo —rió Brigitte—. ¿Me aceptaría una copa, *madame*?

—¿De verdad me invita? No quisiera molestarla. Seguramente está usted esperando a alguien.

—No, no. Estoy sola. Y será muy grato hablar en francés un buen rato. Mi madre era francesa. Por favor, *madame*, siéntese.

—Gracias… Muchas gracias, *mademoiselle*… ¡No puede imaginarse lo agradecida que le estoy! He llegado hoy mismo a Hong Kong, y estaba pensando en marcharme… ¡Es un lugar horrible!

Brigitte, que acababa de pedirle otra copa por señas a uno de los camareros, miró desconcertada a la dama francesa.

—¿Horrible? ¡Pero, *madame*, Hong Kong es uno de los lugares más encantadores de Oriente!

—Temo que la he molestado… A fin de cuentas, usted es británica, y está en una de sus colonias. Le ruego que me perdone.

—Por favor… Dígame, *madame*: ¿qué es lo que no le gusta de Hong Kong?

—Los chinos.

Brigitte abrió mucho los ojos. De pronto, se echó a reír, en verdad divertida.

—¡*Madame*! —exclamó—. ¿Qué esperaba encontrar en una isla

que, en definitiva, ha sido siempre china? ¿Apuestos caballeros franceses?

—Oh, no —enrojeció la dama—. Bueno, al decir los chinos, he querido decir… cierta clase de chinos. Vea usted: tenemos muchos chinos alrededor, pero ésos sí me gustan. Es decir…, los tolero bien. Pero… ¿alguna vez la han llevado a usted en una *rischka*?

—¡Desde luego!

—¿Y no le pareció algo horrible? Esos chinos son… pegajosos, pedigüeños… Me llevaron esta tarde por unas callejuelas horribles. Sólo había chinos allí. Cientos y cientos de chinos y chinas, y de niños enseñándolo todo… ¿Me entiende? Comían en la calle, estaban en camiseta en esos horribles balcones… El *coolie* que pedaleaba en mi *rischka* no podía pasar, y miles de chinos se abalanzaron hacia mí, queriendo venderme cosas, pidiéndome dinero, tirándome de la ropa… ¡Fue horrible! Yo estaba alojada en otro hotel, más cerca de aquel nauseabundo barrio, pero después de aquello, decidí cambiarme a un hotel más europeo… Más occidental, al menos. ¡No pienso volver por semejantes lugares!

Brigitte estaba estupefacta.

—Hará usted bien, *madame*. Sin embargo, imagino que su *coolie* la llevó a Aberdeen porque usted se lo pidió.

—¡Yo sólo le dije que quería ver algo típico!

—Bueno… Los chinos están acostumbrados a que nosotros consideremos típico ese barrio, precisamente con su hacinamiento de seres humanos, sus ropas más o menos limpias tendidas en los balcones, los mendigos… ¿No se lo pidió usted? ¡Pues él la llevó!

—Jamás… ¡Jamás volveré por semejante lugar!

El camarero llegó, con otra copa en una bandeja. La dejó sobre la mesita y se retiró. Por supuesto: era chino. Brigitte tomó una guinda del cristalino recipiente, con las pinzas metálicas, y la depositó en el fondo de la copa de su invitada. Luego, escanció champaña, mientras la dama comentaba:

—Ah… Perignon… Tiene usted un gusto exquisito para ser inglesa, *mademoiselle*. Oh, perdóneme… Temo que sin querer he vuelto a molestarla…

—No me molesta, *madame*. Siempre hago más caso de la intención que de las palabras. Cualquiera se equivoca, cualquiera dice en alguna ocasión una frase desafortunada. Pero la intención,

la buena intención, puede arreglarlo todo.

Tendió la copa a la dama, sonriendo. Se rozaron los dedos de ambas, igualmente finos, si bien lógicamente más tersos y frescos los de Baby.

—Es usted muy, muy, muy amable, *mademoiselle*…

—Oh, perdón… Mi nombre es Ludovique Charrier.

—Nora Tisdale… —sonrió Brigitte—. *Santé*!

Alzó también su copa, y ambas bebieron. Por un instante, la divina espía miró hacia su vigilante chino, y estuvo a punto de fruncir el ceño al verlo en la misma postura, como si estuviese durmiendo. Una cabezada estaba bien, era de humanos… Pero no era de espías dormirse de aquel modo en público, y, mucho menos, cuando se estaba vigilando a otro espía.

—Delicioso —murmuró *madame* Charrier—. ¡Eh verdad delicioso, tan frío, tan suave…! ¡Y nada menos que Perignon! Usted debe ser millonaria, querida.

—Bueno… Para alojarse en este hotel, *madame*, conviene al menos llegar con una considerable cantidad de dinero. Sin duda, usted sabe esto muy bien. Estamos en el Hilton Hong Kong, *madame*.

—¿Es… muy caro?

—Las cosas son caras o baratas según las posibilidades de quien las adquiera, *madame*.

—¿Cree… cree que este hotel es demasiado caro para una vieja institutriz que ha decidido gastarse unos pocos de sus ahorros haciendo un exótico viaje a Oriente?

—¡Terriblemente caro, *madame*! —rió Baby.

—Oh… ¡Tendré qué volver a cambiar de hotel! Aunque… eso me entristecerá mucho. Estoy pasando un delicioso rato con usted, *mademoiselle* Tisdale. Pero si la molesto…

—Por el contrario. Yo también estoy sola en Hong Kong, y resulta agradable encontrar a alguien con quien congeniar… A este respecto, hay un proverbio chino muy famoso que dice… —Frunció el ceño—. No recuerdo ahora exactamente… Es algo referente a la soledad bien compartida… No recuerdo —miró a su alrededor—. Estoy segura de que ese caballero chino será tan amable de recordarme el proverbio…, y, al mismo tiempo, me agradecerá que lo despierte. Está haciendo el ridículo. Con su permiso, *madame*.

Se puso rápidamente en pie y fue hacia el chino que la había estado vigilando aquella tarde. Sin vacilar, convencida ya de que sus sospechas eran ciertas, tocó en un hombro al chino, gesto muy poco educado, pero adecuado a sus propósitos.

—Perdón señor: quería pregun…

Efectivamente.

La cabeza del chino se movió, de un modo blando, lento, pesado… Y con el ligero empujoncito en su hombro, todo el cuerpo se ladeó hacia el lado contrario, inerte. Brigitte lanzó un muy convincente gritito de jovencita aterrada, y se quedó mirando con expresión desorbitada la mancha roja en la blanca chaqueta del chino, en la espalda, justo sobre el corazón. Al instante, se originó el natural revuelo en la terraza, pues los ocupantes de una mesa cercana vieron también la mancha de sangre, todavía fresca, brillante… Uno de los camareros acudió presurosamente, y se quedó mirando, atónito, el cadáver del chino.

—Ay, Dios mío —gemía Brigitte—. ¡Está muerto, está…!

—Querida, cálmese —la abrazó cariñosamente por los hombros su reciente amiga—. Venga a la mesa. Es mejor que se aleje de… esto. Venga, querida, venga…

La llevó solícitamente hacia la mesa que habían estado compartiendo, y la ayudó a sentarse, muy cariñosa, dándole palmaditas en las manos. Alrededor de ellas todo era agitación, exclamaciones…, mientras en la piscina y en las pistas de tenis la vida seguía alegremente.

—Le pediré algo fuerte… Coñac. Coñac francés, naturalmente. Buscaré un camarero…

Brigitte se crispó, de pronto, y se llevó una mano a la boca. Miró como aterrada a la dama francesa…

—Temo…, temo que voy a… a…

Se puso bruscamente en pie, sobresaltada, recogió su maletín, y echó a correr hacia los servicios, esquivando a los curiosos y excitados clientes del lujosísimo hotel… Pasó a través de ellos como una flecha, y muchos mostraron una expresión comprensiva al verla, entrar en aquel lugar cuya puerta ostentaba el rótulo de «*Ladies*». No se habrían mostrado tan comprensivos si hubieran podido ver a la afectada jovencita recuperar su serenidad apenas se hubo encerrado en uno de los servicios. Y aún habrían comprendido

menos qué estaba ocurriendo si la hubieran visto sacar aquel paquete de cigarrillos de su maletín, y sacar media pulgada uno de ellos.

—¿Simón? —musitó.

—Sí. ¿Qué está ocurriendo? —se interesó excitadamente su compañero.

—Han matado al chino que le encargué que vigilase como réplica a la vigilancia que él ejercía sobre mí.

—Ah… Bueno, no puedo acercarme más. He notado el movimiento, pero no podía saber… ¿Quién le ha matado? ¿Lo sabe?

—Por supuesto: Tiburón Rojo.

Hubo unos segundos de silencio, antes de que Simón susurrase:

—Dios… Ya lo tenemos aquí… ¿Cómo sabe que ha sido él? ¿Lo ha visto?

—No. Y eso que ha matado al chino delante de mis narices… Seguramente, le ha clavado el punzón desde detrás del seto… La herida en la espalda es inconfundible.

—Baby, tenga mucho cuidado. Si ese monstruo…

—No se preocupe por mí. Por el momento, no le interesa matarme.

—¿No? ¿Y por qué ha podido interesarle matar a un vulgar chino?

—Esa es la pregunta que me hago. Desde luego, no lo ha hecho para favorecerme a mí. Supongo que la única respuesta aceptable que podemos encontrar, por ahora, es la de que Red Shark quiere que yo tenga libertad de acción, a fin de que no haya contratiempos en los planes generales, y que el coronel Chi En Tao aparezca en la casa de Burke… No se me ocurre otra cosa.

—Sí… Es posible. Usted cometió una gran imprudencia al visitar esta tarde a Max. La siguió desde allí ese pobre chino… y también Tiburón Rojo evidentemente. Él no quiere que usted, o nosotros, los de la CIA encontremos obstáculos. Luego, cuando aparezca el coronel Chi En Tao, entrará en acción.

—No está mal pensado… Por el momento, tengo el presentimiento de que ya me ha enviado a su pez piloto, a examinar el terreno.

—¿Se refiere a esa mujer que estaba con usted?

—Dice llamarse Ludovique Charrier, y ser francesa. Me ha

contado una serie de absurdas tonterías, pero precisamente por ser tan absurdas, podrían ser verdad. De todos modos, Simón, ahora que ya no tiene que vigilar al chino que me vigilaba a mí, ocúpese de esa dama.

—No creo que Tiburón Rojo utilice una mujer como pez piloto, Baby.

—¿Por qué no?

—Pues… Bueno, realmente, ¿por qué no? Todo es posible en nuestro diabólico mundo de espionaje. Me encargaré de vigilar a esa señora. ¿Qué va a hacer usted ahora?

—Retirarme a mi *suite*. Estoy muy afectada.

—Claro —rió Simón—. Comprendo. ¿La llamo yo o volverá a llamarme usted?

—Llamará el qué tenga algo importante que comunicar; Ah, una cosa, Simón: si por casualidad llegara usted a obtener fruto de la vigilancia de Ludovique Charrier, no se ponga nervioso, ni quiera hacer las cesas por su cuenta. Avíseme inmediatamente. ¿Entendido?

—Okay.

—Respecto a lo demás…, ¿todo está en orden; todo preparado?

—Todo cuanto usted pidió, tanto en hombres como en material, está listo. Sólo esperamos sus gratas órdenes.

—Muy bien… —sonrió Brigitte—. Ciao, Simón.

—Ciao.

Bajó el cigarrillo, de modo que la radio quedó completamente camuflada; la tiró dentro del maletín, lo cerró y aplicó el oído a la puerta del servicio. No se oía nada. Miró su relojito, y decidió esperar todavía algunos minutos. Aguantaría allí dentro todo el tiempo que tardara en entrar alguien más, o bien, hasta que la fueran a buscar… Lo cual sucedió casi cuatro minutos más tarde. Oyó claramente las pisadas en el vestidor, y luego, la voz de Ludovique Charrier:

—Señorita Tisdale… ¡*Mademoiselle*! ¿Está bien?

—Sí —crispó Brigitte la voz—. Un momento, *madame*…

Salió a los pocos segundos, respirando profundamente. Ludovique Charrier se apresuró a pasarle un brazo por los hombros, cariñosamente.

—Querida, es terrible… Quería venir antes, pero apareció un

horrible policía… ¡chino! ¡Y con pantalones cortos! Me han estado haciendo preguntas, como si yo pudiera saber algo de todo esto… Dicen que lo han asesinado… ¿Está bien, *ma petite? Vuis etes bien? Oui?*

—Sí, sí… Me encuentro mejor… Creo que he dado… un feo espectáculo, pero las náuseas…

—¡Es fácil de comprender, ma petite! Oh, cuánto lamento que esto haya pasado hoy, que lo estábamos pasando tan bien, charlando en francés… La llevaré a su *suite*.

—No… no se moleste, no…

—*Mais non*! ¡No es una molestia, usted es encantadora! Vamos a su *suite*, vamos…

Salieron del «*Ladies*». En la puerta esperaba un policía colonial, efectivamente chino, y con pantalones cortos.

—El inspector McPherson vendrá en seguida, *madame* —elijo—. Si fuesen tan amables de esperar unos minutos…

Ludovique Charrier blandió airadamente su encantadora sombrilla, amenazando al turbado chino.

—¡No vamos a esperar a nadie! ¿Acaso creen que nosotras hemos matado a ese hombre?

—No, no… —Se asustó el policía—. Pero…

—¡Pero nada! Voy a llevar a mi amiguita a su cuarto, y si ese inspector quiere saber algo, yo se lo diré, cuando baje. *Aves vous compris? Bien? Compris? Done, allez!*

Capítulo V

Tres minutos más tarde, las dos entraban en la *suite* 324, que ocupaba Brigitte. *Madame* Charrier, muy solícita, la ayudó a sentarse cariñosamente, en uno de los silloncitos. Estaba consternada.

—¿Quiere que llame al médico del hotel? —se ofreció.

—No, no, *madame*, por favor… Estoy bien ya. Le agradezco mucho sus atenciones.

—No es nada, no es nada… ¿De verdad está bien?

—Palabra de honor —alzó Brigitte una manita, sonriendo.

—Bien… Creo que será mejor que baje a ver a ese inspector de policía. Así no subirán a molestarla a usted. Le explicaré por qué fue usted a charlar con ese chino, y así nos desentenderemos de tan desagradable asunto. Se me ocurre… ¿Quiere que pase la noche con usted? Tiene una *suite* tan grande…

—¡Por favor…! Estoy bien, *madame*, de veras. Voy a acostarme inmediatamente, y así descansaré bien. Yo también llegué hoy, y, realmente, me encuentro bastante fatigada.

—Bien… Entonces, ¿hasta mañana?

—Oh, sí… Y muy agradecida por todo, *madame*.

—Si durante la noche me necesitase, no dude en ir a buscarme, o en llamarme por teléfono. Estoy en la *suite* doscientos treinta y uno.

—Lo tendré en cuenta. Buenas noches, *madame*.

Ludovique Charrier sonrió, dio una cariñosa palmadita en una mejilla a Brigitte, y abandonó la *suite*.

Inmediatamente, la espía internacional se puso a buscar con todo cuidado por los rincones y lugares adecuados de la *suite*… Tardó menos de tres minutos en encontrar el primer micrófono, colocado hábilmente dentro de uno de los crisantemos artificiales. Un minuto más tarde encontraba otro micrófono, en el dormitorio,

adherido bajó la cama a uno de los tornillos de montaje. Ni siquiera tocó ambos diminutos aparatos. Miró su relojito, frunció el ceño, y fue a donde había dejado su maletín. De él sacó dos pendientes de tamaño considerable, dentro de cada uno de los cuales había un micrófono de corto alcance, un magic ear. Sin vacilar, se adhirió la pistolita al muslo izquierdo, y abandonó la *suite*, con una ganzúa ya en la mano. Descendió al piso inmediatamente inferior, y localizó en seguida la *suite* 231. Fue juego de niños abrir aquella puerta. Cerró a su espalda, dio la luz, y se quedó mirando a su alrededor. La *suite* era algo más pequeña que la suya, más modesta. Entró directamente en el dormitorio, abrió el armario, y contempló el escaso equipaje colocado allí. Tan escaso como el de ella misma. Era evidente que *madame* Charrier no quería complicarse la vida con maletas, con exceso de vestidos… Metió la cabeza dentro del armario, aguzando su finísimo oído. Oyó el suavísimo sonido, como de deslizamiento… Abrió la maleta, sacó un libro, lo abrió por la mitad… y se quedó mirando, sonriente, el pequeño receptor grabador, a pilas, que estaba funcionando. Cualquier sonido que se produjera en su *suite* debía quedar grabado en aquella delgadísima cinta que giraba tan lentamente. Había muy poca cinta gastada, de modo que comprendió la jugada de *madame* Charrier: antes de bajar para dar explicaciones aclaratorias al inspector colonial británico, había entrado en su *suite* y había puesto en marcha el aparato…

Lo dejó donde lo había encontrado, siempre funcionando. En el inevitable doble fondo de la maleta vio una pequeña pistola de fabricación rusa, que ni siquiera tocó. Lo dejó todo tal como lo había encontrado. Luego colocó uno de sus originales pendientes exactamente en el mismo sitio que le habían colocado a ella un micrófono: es decir, en uno de los tornillos de sujeción de la cama. Salió al pequeño saloncito, y también colocó el otro pendiente, como adecuada réplica, dentro de uno de los crisantemos artificiales. El juego podía ser divertido, al menos con *madame* Charrier. Pero la cosa cambiaría cuando entrase en contacto con Tiburón Rojo. Cambiaría mucho, porque… Brigitte respingó, sobresaltada, al oír el ruidito metálico en la cerradura de la *suite*. De un salto se colocó tras el sofá, encogiéndose…, Justo a tiempo, porque la puerta se abrió en aquel momento. Agazapada, Brigitte despegó lentamente la pistolita de su muslo. Reconoció los pasos de

madame Charrier, y hasta el ritmo de su respiración. Forzosamente, ella tenía que darse cuenta de que algo raro ocurría, ya que la luz estaba encendida.

Oyó los pasos, lentos, hacia un lado del saloncito de la *suite*, y se fue ladeando. Si Ludovique Charrier seguía caminando en aquella dirección, entraría de lleno en su campo visual y sería inevitable que la viera.

Pero no llegó a entrar en el campo visual. Solamente vio aparecer sus manos, tomando algo de la repisa del lar simulado… Otro libro, qué abrió, para sacar de su interior una cámara fotográfica. Brigitte se estremeció al ver entonces el finísimo hilo que pendía de la cámara, y que se deslizaba por el suelo. Sin necesidad de mirar, comprendió que aquel hilo iba a la puerta, y que, al ser abierta ésta, había disparado la cámara fotográfica. Oyó el suave deslizarse de algo, y vio la fotografía de revelación instantánea en las bellas manos de *madame* Charrier. Las manos permanecieron inmóviles unos segundos, con la fotografía colocada hacia los ojos de la dama francesa.

De pronto, ésta desapareció de nuevo del campo visual de Baby, que se encogió al notar cómo Ludovique Charrier se sentaba en el sofá tras el cual estaba ella. Oyó un clic muy suave… El cierre de un bolso. *Madame* Charrier había dejado su bolso y su sombrilla en el sofá, y ahora abría el bolso… ¿Tenía allí una pistola? ¿La había visto, o sabía que ella estaba allí, y se disponía a atacarla…?

Pero, no. La dama francesa se fue al dormitorio. Brigitte oyó el ruido del armario al ser abierto… Ludovique Charrier iba a mirar su receptor, temía algo…, después oyó su voz, pero hablando en ruso.

—Sí, soy yo. Esa mujer ha estado en mi *suite*. Tengo una fotografía de ella, superpuesta con una de mí misma.

—¿…?

—No creo que se haya dado cuenta, porque el receptor está como lo dejé. No hay nada grabado por el momento. O es muy cauta, o sospecha algo sobre los micrófonos. Pero, evidentemente, sospecha de mí.

—¿…?

—Tranquilízate. Todo va bien. Vladimir y Eugeni están en su lugar de vigilancia. Cuando sea el momento, te avisaremos, para que te unas a nosotros, para finalizar el trabajo. Hasta entonces, es

mejor que permanezcas donde estás, como punto de apoyo. A menos que se te ocurra algo mejor.

—¿…?

—Bien. Pues eso es todo. Tenemos a esa señorita Tisdale libre de movimientos. A ver qué hace.

—¿…?

—Sí; desde luego: el chino que la seguía está muerto. Fue un golpe muy certero, digno de Tiburón Rojo, naturalmente. Iré a verte mañana temprano al yate, por si hay novedades. Además, quiero asegurarme de que estás bien. Ya sabes que la CIA y el servicio secreto chino estarían encantados de eliminar a Tiburón Rojo, de modo que, puesto que saben que está interviniendo en esto, deben estar moviéndose mucho buscándolo. Les dejaremos que busquen. Tú no te muevas de ahí. Eso es todo… Hasta mañana.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, rumor de ropa. Poco más tarde, se oía caer con fuerza el agua de la ducha, pero Brigitte no se movió. Ludovique Charrier, forzosamente, debía tener alguna arma…, y el ruido del agua no significaba que alguien se estuviera duchando. El truco era demasiado gastado para engañar a la divina espía. Quizá si salía entonces de su escondrijo, *madame* Charrier aparecería por su espalda pistola en mano… Aunque, en verdad, había actuado bastante distraída en aquella ocasión. Debió ver el hilo que accionaba el disparador de la cámara fotográfica…

El ruido del agua cesó tres minutos más tarde, y Brigitte se arriesgó a sacar la cabeza por un lado del sofá, mirando hacia el dormitorio. No se veía a *madame* Charrier. ¿Estaba en el cuarto de baño o escondida junto a la puerta, esperando…?

De pronto, Brigitte tuvo que retirar rápidamente la cabeza, al ver aparecer a Ludovique Charrier, procedente del cuarto de baño, completamente desnuda, acabando de secarse con la gran toalla. Se frotaba con fuerza los senos, más bien menudos, todavía asombrosamente tersos. Se conservaba muy bien, no cabía duda. Oyó luego un ruido que identificó en seguida: el auricular del teléfono al ser descolgado.

—¿Quiere ponerme con la señorita Tisdale? —Oyó a la dama francesa.

Hubo unos segundos de espera. Brigitte notaba en su frente un fino sudor, que empezaba a molestarle.

—¿No contesta? Bien, déjelo… No, no, no insista… Pobrecilla, estaba muy impresionada. Si se ha dormido, no quiero molestarla. Sólo quería saber si está bien, pero si duerme es que se ha tranquilizado… Gracias.

El auricular al ser colgado. Ruido de ropa, muy suave. El ligerísimo rumor de una persona poniéndose en la cama…

Durante casi una hora, la luz de la mesita de noche, estuvo encendida. Luego, de nuevo el rumor de la cama. El sonido de chinelas deslizándose por el piso… *Madame* Charrier apareció de pronto en el *living*, fue al interruptor y apagó la luz, mientras Brigitte se encogía aún más. Estaba entumecida de tanto rato en aquella postura, pero de ninguna manera quería precipitar los acontecimientos. Con toda facilidad podía haber matado a Ludovique Charrier, o Haberla golpeado, dejándola sin conocimiento. Pero no le interesaba nada de esto. Hasta que tuvieran noticias del coronel Chi En Tao, era mejor esperar, permanecer a la expectativa.

Ludovique Charrier volvió a la cama. La luz se apagó… Media hora más tarde, se oía su respiración acompasada, profunda, saludable. Era el momento.

Baby fue hacia la puerta, a oscuras, lentamente. La abrió con todo cuidado, salió al pasillo y cerró. A toda prisa, volvió a su *suite*, sin cruzarse con nadie en los pasillos, ni en las escaleras. Era poco más de medianoche.

Tomó su radio y se fue al cuarto de baño, encerrándose allí. Accionó la radio.

—¿Simón? —musitó.

—Sí… ¿Ocurre algo nuevo?

—Vaya a dormir unas horas. *Madame* Charrier no saldrá hasta mañana por la mañana. Pero creo que será muy temprano. Sería conveniente que estuviera usted vigilando la salida del hotel a eso de las siete.

—Iré a las seis. Y si queréis que me quede por aquí…

—No, no… Vaya a descansar. Que descanse todo el mundo, aprovechando este compás de espera. Ya vigilan los rusos y los chinos por nosotros.

—¿Ha sabido algo o no?

—Sí. Ludovique Charrier irá mañana temprano a un yate. No sé

dónde está ese yate, pero sí sé que hay un hombre en él. Y, según he entendido, ese hombre es Tiburón Rojo.

Se oyó la exclamación de Simón.

—Entonces…, ¿esa mujer es su pez piloto de esta ocasión?

—Evidentemente. Sígala mañana, a ver dónde está ese yate, y qué nombre tiene. Pero, Simón, contra mi costumbre, voy a repetir mis instrucciones: no haga nada más que seguir a esa mujer. ¿Está claro? Más que instrucciones, son órdenes de Baby.

—De acuerdo. Buenas noches, Baby.

—Buenas noches, Simón. Llámeme en cuanto sepa algo, sea la hora que sea. *Ciao*!

Cerró la radio, salió del cuarto de baño y se acostó. Realmente, lo mejor que se podía hacer era descansar, aprovechando aquel compás de espera.

Capítulo VI

Poco después de las nueve de la mañana, cuando Brigitte se disponía a bajar a desayunar, sonó la llamada en la radio de bolsillo, que todavía estaba sobre la mesita de noche. Brigitte la cogió rápidamente, ahogando su sonido con una almohada doblada. Corrió al cuarto de baño, se encerró y atendió la llamada.

—¿Sí?

—Ya lo tenemos, Baby… —Oyó la excitada voz de Simón—. ¡Sé dónde está Tiburón Rojo! ¡Incluso lo he visto! En el yate, claro.

—¿Dónde está?

—En el límite de Aberdeen, casi mezclado con pesqueros chinos. El nombre del yate es Yokoha Mam. Esa dama ha estado ahí. Ahora, según calculo, va de regreso al hotel. Llegará dentro de quince minutos, calculo.

—Buen trabajo, Simón. ¿Cómo es nuestro hombre?

—Oh, un gran tipo, se lo aseguro. Alto, atlético, pelirrojo… Unos treinta y cinco años, calculo. Un deportista completo, y muy elegante. Digamos que es uno de esos hombres que… enloquecen a las mujeres.

—Caramba… —sonrió Brigitte—. Dígame: ¿hay alguien más en el yate?

—No he visto a nadie más. ¿Qué hago? ¿Continúo detrás de esa mujer o me vuelvo al puerto a vigilar a Tiburón Rojo?

—De la mujer me encargaré yo.

—¿Y de Tiburón Rojo? Sería facilísimo matarlo, ahora que sabemos quién es. Dispongo de rifle con silenciador y…

—No son armas lo que me faltan, Simón. Pero por ahora vamos a dejar tranquilo a Red Shark. Déjelo de mi cuenta.

—Yo mismo podría…

—¡No! Vuelva a vigilarlo, pero eso es todo… ¡No me gusta repetir tanto las cosas! ¡Eso es todo!

Cerró la radio, salió del cuarto de baño, colocó la almohada en su sitio y, tras vacilar, decidió que no tenía por qué separarse de su maletín. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Veinte minutos más tarde, cuando estaba terminando de desayunar en el comedor del hotel, apareció en éste Ludovique Charrier, mirando a todos lados. Brigitte le hizo una seña, y la dama sonrió y fue hacia ella rápidamente, con dulce expresión, brillantes sus miopes ojos tras los gruesos cristales. Llevaba un vestido muy bonito, floreado, de línea moderna, casi juvenil. Lástima que fuese una espía rusa, porque inspiraba simpatía y agrado. Dejó la sombrilla sobre una silla y se sentó en otra, delante de Brigitte, sonriendo.

—Tiene buen aspecto, querida… —aseguró—. ¿Está bien?

—Magníficamente, *madame*. Anoche tomé dos pastillas para dormir y he descansado como hacía mucho tiempo que no conseguía hacerlo.

—Ah… Tomó somnífero… Ahora comprendo por qué no contestó al teléfono cuando la llamé, más tarde, para interesarme por usted y decirle que la policía no nos molestará más. El inspector McPherson fue muy amable y correcto…, a pesar de que llevaba pantalones cortos. La verdad, cuando no contestó al teléfono estuve tan preocupada, por un instante…

—Le agradezco mucho su bondadoso interés… —Brigitte alzó las cejas, como sorprendida de pronto—. ¿Viene de la calle, *madame*?

—Oh, sí… Desayuné muy temprano, y salí a pasear. Siempre he madrugado mucho, hasta el punto de que ni siquiera en vacaciones consigo dormir hasta más allá de las siete. Además, un largo paseo es muy beneficioso, ma petite. Claro que usted es muy joven, pero a mi edad empiezan a salir unas molestas varices en las piernas, y no hay nada mejor que un largo paseo para estimular la circulación sanguínea… ¿No tiene usted varices, supongo?

—No… —rió Brigitte—. Pero ya las tendré, cuando sea una viejecita cascarrabias.

—¿Cascarrabias usted? —rió la Charrier—. ¡Imposible! ¡Pero si tiene un carácter delicioso!

—No haga caso, *madame*. La verdad es que, en el fondo, tengo muy mal genio.

—¡Nadie creería esa mentira tan simpática! —rió Ludovique—. ¡Y menos que nadie, yo! Dígame: ¿tiene que hacer hoy algo especial?

—Pues temo que sí, *madame*. Actualmente, estoy trabajando para un periódico americano, y hay en Hong Kong un corresponsal fijo de ese periódico con el cual tengo que sostener algunas entrevistas, por cuestiones de trabajo.

—Oh. Me había hecho la ilusión de…

El camarero llegó junto a la mesa, con un blanco teléfono en las manos, y Ludovique se calló. Brigitte le miró amablemente.

—¿Sí?

—Una llamada para usted, señorita Tisdale. ¿Le pongo la comunicación aquí?

—Sí… Sí, por favor… Gracias… —Esperó a que el camarero conectase el teléfono a la mesa y descolgó el auricular—. ¿Diga?

—¿Qué pasa? —Royó la voz de Maxwell Burke—. La he llamado por la radio, pero como no contestaba, he pensado que podría haber ocurrido algo…

—No, no. Precisamente me disponía a visitarle ahora, señor Burke. Estoy terminando mi desayuno.

—Pues acelere, preciosa: nuestro cliente ha llamado por teléfono hace unos minutos.

—Ah, bien… —Brigitte miró a Ludovique Charrier sonriendo con la expresión de quien sostiene una conversación trivial—. Lo tendré en cuenta. ¿Habrá reunión, entonces?

—No, por el momento. Le he dicho que era mejor esperar, para mayor seguridad, y ha aceptado. Está muy inquieto, desde luego. Hemos quedado en que volvería a llamar.

—¿Cuándo?

—Ha dicho que no podía decirme eso. Cuando pueda, simplemente. Ese hombre está muy asustado. Hay que sacarlo pronto de aquí.

—Entiendo. Bien… Salgo inmediatamente para ahí, señor Burke. Yo me encargaré de ese asunto, claro; no tiene usted que molestarse. Oh, una cosa… ¿Le importa que lleve una invitada?

—¿Cómo dice? —exclamó Burke.

—Sí, sí… Muy amable. Hasta ahora, señor Burke.

Colgó el auricular y se quedó mirando a la dama, que la

contemplaba con expresión perpleja.

—No sé si he comprendido, querida... ¿Se ha referido a mí al mencionar una invitada?

—Por supuesto, *madame*.

—¡Pero, querida, no quiero molestar...! Usted y su amigo tendrán cosas en qué ocuparse...

—Tonterías, *madame*. Estaremos encantados de disfrutar de su compañía. Pero, claro, si usted prefiere pasear por Hong Kong... Había pensado qué le gustaría conocer la casa de mi colega. Tiene hermosas flores, está en un lugar tranquilo desde el que se ve toda la bahía... Y tiene un cocinero chino que, según entiendo, es una maravilla. Por la noche podríamos ir a uno de los restaurantes flotantes.

—Por Dios... Es demasiado. Yo me conformo con un poco de compañía...

—¿No acepta mi invitación? —Se entristeció Brigitte.

—Bueno... Realmente...

* * *

—Encantado, *madame*... —sonrió Maxwell Burke, inclinándose sobre la mano de Ludovique Charrier—. Espero que disfrute usted de su estancia en mi humilde casa.

—Oh, sí... Muy agradecida, señor Burke.

—El señor Burke —rió Brigitte— se está contagiando de los chinos: todo es humilde. Todo lo suyo, se entiende. Pero yo insisto en opinar que su casa es muy bonita. ¿No opina lo mismo, *madame*?

—¡Por supuesto! Todo es encantador —la dama señaló con su sombrilla hacia el ventanal que daba al jardín—. Y el jardín es precioso.

—Oh, eso me recuerda lo de los claveles chinos... —murmuró la divina espía—. Sinceramente, señor Burke: ¿son auténticos los suyos, o será mejor qué se los pida a su amable amigo, el señor Tiang Fu Ti?

—Pues... sinceramente, creo que Fu Ti ha conseguido unas selecciones mucho mejores que las mías.

—Entonces, quizá acepte su invitación a visitarlo, y le pida unos cuantos esquejes para tío Charlie. ¿Nos perdona unos minutos,

madame? El señor Burke y yo solucionaremos unos pequeños asuntos profesionales y podremos dedicarnos a usted.

—Oh, sí, sí, naturalmente…

—Considérese en su casa, *madame* —sonrió de nuevo Burke.

Salieron los dos del *living* y poco después se encerraban en el despacho de Burke, que, apenas estuvo cerrada la puerta, soltó un gruñido.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué ha traído a esa mujer?

—Bueno… Digamos que da un aire de respetabilidad a mi estancia en su casa, querido Max.

—Claro… ¿Qué? ¡Por todos los…! ¿Está bromeando?

—Evidentemente, querido Simón. Esa dama no se llama Ludovique Charrier. Es rusa, ha colocado dos micrófonos en mi *suite* del hotel, una fotografía mía tomada cuando yo fui a colocar otros dos micrófonos en la *suite* de ella y, por si quiere más datos, le diré que es el pez piloto de Tiburón Rojo.

Maxwell Burke quedó con la boca abierta. De pronto, palideció.

—¿Está usted loca? —jadeó.

—Solamente soy genial —sonrió Brigitte—. Comprenda que… ¿Qué le pasa, Max? ¿Se siente bien?

Burke se había sentado en un sillón, todavía muy pálido, con una mano sobre el pecho, apretando. Sacudió la cabeza y sonrió forzadamente.

—Estoy bien… —musitó—. Pero explíqueme eso de la dama francesa que es el pez piloto de Red Shark. ¿Se da cuenta de que está usted arriesgando su vida y las de mis compañeros, de un modo absolutamente estúpido?

—Y también la de usted —murmuró. Brigitte, entornando los ojos—. ¿De verdad está bien?

—¡Váyase al demonio! ¡Usted es una chiflada, nena! ¿Cómo se le ha podido ocurrir la genial idea de traer aquí al pez piloto de ese espía asesino?

—¿Se le ocurre algún modo mejor de mantener inmovilizado a Tiburón Rojo que tener invitada a su pez piloto, la cual no hará nada hasta que llegue el momento justo? Prefiero tener quieto en su yate a ese agente ruso a que vaya por ahí matando gente. Anoche, le clavó su famoso punzón a un chino que…

En tres minutos, Brigitte explicó a Burke lo sucedido la noche

anterior, sin omitir ningún detalle de fondo, de modo que el periodista-espía quedó al corriente de todo, incluso de las actividades de Simón y de los demás agentes que, con el material a punto, esperaban órdenes de Baby para entrar en acción. Para cuando terminó, Burke estaba bebiendo *whisky* directamente de una botella que sacó de un cajón de su mesa de despacho, y el color había vuelto lentamente a su rostro.

—Sigo sin entender sus planes… —deslizó, hoscamente—. Y no me cansaré de decir que sus genialidades son peligrosas. Cosa que me sorprende, preciosa, porque tengo entendido que Baby lo arriesga todo…, excepto las vidas de sus Simones.

—Eso es precisamente lo que estoy tratando de evitar: riesgos. Pero si usted tiene miedo…

Se calló, porque Maxwell Burke había abierto mucho los ojos, y la contemplaba estupefacto. De pronto se echó a reír y se dejó caer en un sillón. Estaba divertidísimo.

—¡Sus bromas son formidables! —exclamó—. ¡Miedo yo!

—Pues no creo que sea un superhombre… —refunfuñó Brigitte —. Todos tenemos miedo, en un momento u otro.

—En lo que a mí respecta, eso quedó atrás, naturalmente.

—¿Naturalmente? ¿Por qué naturalmente? —Brigitte se sentía un tanto molesta—. Escuche, Maxwell, yo no soy una chica impresionable, pero he sentido mucho miedo en muchísimas ocasiones. ¿Me está diciendo que usted ha superado el miedo?

Ahora, Maxwell Burke se la quedó mirando muy extrañado. Por fin, sonrió, como quien comprende algo, y encogió los hombros.

—Dejemos eso. Y acláreme sus planes, por favor. Espero comprenderlos. Estamos rodeados de chinos y de rusos, y usted trae aquí, al lugar donde ha de venir el coronel Chi En Tao, nada menos que al pez piloto de Tiburón Rojo. La escucho.

—A su debido tiempo. Por el momento, sólo le diré que cuando Chi En Tao vuelva a llamar, yo seré quien hablará con él.

—¿Y qué le dirá?

—Eso es cuenta mía. Volvamos con la rusa.

—De acuerdo… —Burke se puso en pie, se acercó a ella y puso sus manos en los hombros de Brigitte, sonriendo secamente—. Una cosa más, Baby si le ocurre algo a cualquiera de mis compañeros, por culpa de sus… geniales planes, usted se las verá conmigo.

—Sería una pelea entretenida… —sonrió Brigitte—. Ahora me explico por qué todos le quieren tanto, Maxwell: es usted el padrecito bueno que siempre vela por ellos, ¿no es así? El hombre fuerte de Hong Kong, el que les resuelve todos los problemas…

—Efectivamente. Y no me estoy sacrificando aquí, negándome a que me sustituyan por otro menos conocedor de Hong Kong y de su tinglado de espionaje, para que venga usted ahora a colocarlos en peligro… ¿Está claro?

—¿Sabe una cosa, Simón? Hasta yo empiezo a quererlo.

Le dio un besito en los labios, lo tomó de una mano y fueron hacia donde les esperaba su muy interesante invitada, *madame* Ludovique Charrier, pez piloto de Tiburón Rojo.

Capítulo VII

Hacia las tres de la tarde, Maxwell Burke trabajaba en su despacho, para terminar un artículo que tenía que enviar a San Francisco. Brigitte y *madame* Charrier departían sosegadamente en el *living*, cómodamente instaladas en sendos sillones ante el ventanal abierto, contemplando las flores y, al fondo, la bahía, que se veía entre las ramas de los albérchigos. Muy typical Orient desde luego…

Justo entonces sonó el teléfono. Las dos volvieron vivamente la cabeza hacia el aparato.

—Esperemos que sea la llamada que estamos esperando Maxwell y yo, *madame* —sonrió Brigitte—. Si así es, en cuanto él termine el artículo bajaremos a Hong Kong. Presiento que se está usted aburriendo, pero ya le dije que el trabajo…

—Oh, no me aburro, no… Se está muy bien aquí. Además, es más divertido pasear por Hong Kong de noche…, supongo.

El mayordomo-cocinero-camarero-jardinero chino de Maxwell Burke entraba en el *living*, dirigiéndose calmosamente hacia el teléfono. También debía haber sonado en el despacho de Burke, pero el acuerdo había sido que contestaría el mayordomo. Éste habló unos segundos, y se volvió hacia Brigitte.

—Para usted, señorita.

Brigitte se puso en pie, tomó él auricular y quedó pensativa. De pronto sonrió, colgó el auricular y dijo:

—Hablaré desde el despacho de Maxwell… Será más cómodo, si tengo que hacerle alguna consulta. Vuelvo en seguida, *madame*.

—Sí, sí…

Brigitte salió del *living*, sonriendo amablemente a la dama. Regresó cinco minutos más tarde, se sentó en el mismo sillón de antes y encendió un cigarrillo.

—¿Solucionaron su asunto? —preguntó Ludovique Charrier.

—Ah, sí… Todo arreglado. Pero parece que Maxwell tiene…

pequeñas dificultades con ese artículo. Se me está ocurriendo, *madame*, que podríamos adelantarnos usted y yo…

—Oh, no me importa esperar.

—Pero es innecesario. Además, perderíamos mucho tiempo. Es mejor que nos vayamos nosotras. Por mi parte, creo que haré un par de pequeños recados, y luego iré al hotel, a cambiarme de ropa. Podemos reunimos allí de nuevo y regresar en busca de Maxwell.

—Bien… Como usted quiera.

—No hace falta ni despedirnos de él. ¿Nos vamos?

Poco después salían de la casa, caminando directamente hacia el coche. Se sentaron ambas en el asiento delantero y Brigitte, con las manos en el volante, quedó pensativa. Poco a poco, una sonrisa fue apareciendo en sus labios. Volvió ligeramente la cabeza y vio el coche, algo apartado, con los dos rusos dentro. Casi soltó una carcajada.

—¿Me perdona un minuto, *madame*? —pidió.

—Sí, por supuesto…

Baby salió de su coche y se dirigió en inconfundible trayectoria hacia el que ocupaban los rusos. A medida que se acercaba, fue viendo con más claridad los rostros de ambos hombres. Estaban barbudos, y parecían fatigados. La miraban fijamente, con una evidente perplejidad, que se iban convirtiendo en sobresalto, en alarma… Uno de ellos, con ademán descuidado, metió la mano derecha hacia el bolsillo interior izquierdo de su chaqueta, mientras el otro simulaba no mirar a Brigitte…

Pero tuvo que mirarla, porque finalmente ella llegó junto al coche y se inclinó por la ventanilla, sonriendo.

—¿Qué tal, Vladimir y Eugeni? —saludó, en perfecto ruso—. ¿Podemos charlar un poco, en actitud amistosa?

—Perdón… —musitó en inglés el que estaba al volante—. ¿Cómo dice, señorita?

—Oh, vamos, vamos… Voy a entrar al asiento de atrás. Y será mejor que olvide su pistola, Vladimir… O Eugeni. Vengo en son de paz… y de colaboración.

Entró en el coche, en la parte de atrás, y los dos hombres se volvieron hacia ella vivamente, mirándola entre incrédulos y admirados.

—¿Qué pretende usted? —preguntó uno de ellos, todavía en

inglés—. No la conocemos, ni…

—Hagamos un trato —siguió hablando Brigitte en ruso—. Yo no querré ser demasiado lista, y ustedes no se harán más el tonto… ¿De acuerdo, colegas?

Los dos hombres estuvieron mirándola fijamente unos segundos. Por fin, el del volante murmuró ya en ruso:

—¿Qué quiere usted?

—Eso está mejor… —suspiró Brigitte—. Pueden llamarme Nora, y, como ya habrán comprendido, trabajo para la CIA. ¿Nos vamos entendiendo?

—El principio es bueno… Yo soy Vladimir, y él es Eugeni.

—De la MVD —sonrió secamente Brigitte.

—Por supuesto.

—Magnífico. Imagino que ya saben ustedes que tenemos unos cuantos chinos rondando por aquí. Y, por supuesto, son del servicio secreto de la China roja. ¿Los han visto?

—Sí.

—Muy bien. Pongamos las cartas definitivamente sobre la mesa… A pesar de que Estados Unidos está dispuesto a conversar a nivel de alta diplomacia con China roja, la CIA no está dispuesta a dejar escapar la oportunidad de conocer cuál es el auténtico poderío atómico de este país. Y la MVD tiene las mismas intenciones. Ahora bien, para conseguir esa información, debe aparecer el coronel Chi En Tao. ¿Cierto?

—Cierto —musitó Eugeni, ya olvidada su pistola.

—Y sabemos que Chi En Tao vendrá a reunirse con Maxwell Burke —añadió Vladimir.

—Es posible. Y es posible que no. Naturalmente, no nos estamos engañando unos a otros, de modo que sólo la buena o mala suerte, o un golpe de audacia decidirá quién se queda con el coronel Chi En Tao. Lo queremos los americanos, los rusos y los chinos. Todos nos estamos vigilando unos a otros. Sin embargo, sólo yo sé cuándo, cómo y dónde aparecerá Chi En Tao.

—Esperemos qué se decida de una vez a aparecer —sonrió fríamente Eugeni.

—Aparecerá cuando yo quiera. No hace ni diez minutos que he estado hablando con él, por teléfono. Y hemos llegado a un acuerdo… ¿Les gustaría obtener esa información atómica que Chi

En Tao está dispuesto a facilitar a la CIA?

—¿Pretende tomarnos el pelo? —Gruñó Vladimir.

—No.

—Hable claro.

—Podemos repartirnos los beneficios… y los riesgos.

—¿Qué riesgos? ¿A qué beneficios se refiere? No la entiendo. Si ha venido a…

—Déjala que se explique de una vez —masculló Eugeni. Pero, señorita Nora, hágalo muy claramente, y, a ser posible, con pocas palabras.

—Esta es mi propuesta: maten ustedes a los chinos que están vigilando la casa de Maxwell Burke. Una vez hayan hecho eso, yo llamaré al coronel Chi En Tao. Me lo llevaré de aquí, obtendré toda la información que él tenga para facilitarme, y haré un estudio completo sobre ella. De tal información les entregaré microfotos a ustedes. De ese modo, ganaremos los dos bandos, Rusia y Estados Unidos.

—No le creo ni una palabra —dijo duramente Eugeni.

—¿Por qué no? ¿En qué puede perjudicar a Estados Unidos que Rusia también conozca el potencial atómico de China? A los únicos que no les interesa que ese informe salga de la boca del coronel Chi En Tao, es a los chinos. Por lo demás, el hecho de que Rusia tenga esa información, en nada perjudica a Estados Unidos. Y viceversa. Unámonos, quitemos de en medio a los chinos y luego ambas partes tendremos la información que estamos esperando.

Los rusos cambiaron una mirada entre perpleja e interesada. La oferta no era descabellada, desde luego. En cambio, sí era bastante ilógica la situación o, por lo menos, anormal, poco corriente.

—Según parece —dijo por fin Eugeni—, nos deja usted el trabajo duro a nosotros.

—Es cierto… —admitió Brigitte—. Pero no creo que matar a tres o cuatro chinos les quite el sueño. Ustedes ponen la acción, y yo pongo al coronel Chi En Tao. Es Un buen trato, me parece a mí.

—¿Usted se quedaría con Chi En Tao?

—Los tres. Ustedes y yo. Eliminen a los chinos, yo llamo a Chi En Tao, nos reunimos todos, nos vamos a una quinta que podemos alquilar por ahí, y en dos días tendremos toda esa información.

—¿Y el coronel chino?

—¿Qué importa eso ahora? ¿Qué importa un chino más o menos? Lo que nos interesa es la información… ¿O no?

Los rusos volvieron a cambiar una mirada.

—No nos gusta eso de la quinta que ha propuesto usted… ¿Por qué no hacer la reunión en un yate, por ejemplo?

—Ese punto me es indiferente. Sea en un yate. Pienso jugar limpio, llevaré allá al coronel Chi En Tao… Y si no se fían, sólo tiene que decirlo, y, si su contrapropuesta es razonable, yo aceptaré.

—Nos está dando muchas facilidades, ¿no?

—Mire, Vladimir: si nos peleamos los tres, o sea, los rusos, los chinos y los norteamericanos, nadie sabe cómo puede terminar esa pelea. Pero si liquidamos a los chinos, y nosotros somos sensatos, todo lo que resta es quedarnos cada uno una copia del informe de Chi En Tao… ¿Por qué usar las armas pudiendo emplear la inteligencia?

—Una entente cordiale ruso-americana, ¿eh? —sonrió Eugeni.

—La oferta es interesante… —musitó Vladimir—. Pero no podemos darle una respuesta ahora.

—¿Por qué no?

—Hay que estudiar detenidamente este cambio de situación… Ya le digo que me parece interesante y, hasta me atrevo a decir que conveniente para nosotros. Pero no podemos decidir ahora mismo.

—Bien… Supongo que han de consultarlo con el agente que dirige la operación… No hay inconveniente. Voy ahora a Hong Kong, a dar una vuelta, comprar algo… Hacer tiempo, en resumen. Volveré hacia las seis o las siete, según calculo. En ese tiempo, pueden consultar mi oferta con su jefe. Supongo que disponen de radio de bolsillo.

—Claro.

—Pues ya está todo en marcha. Llamen a su jefe, expónganle mi oferta, y cuando regrese, me dan su respuesta. Por si se les ocurre la idea de jugar sucio, piensen que si yo muero, ni siquiera el propio Maxwell Burke conoce mi sistema de cita con el coronel Chi En Tao. Y si no soy yo quien utiliza ese sistema para llamarlo a la casa de Burke, todos podemos despedirnos de ese coronel chino. Sería un mal negocio para ustedes matarme…, al menos hasta que yo haya llamado a Chi En Tao.

—Entendido.

—Es bastante asombroso todo esto, ¿no le parece? —sonrió de pronto Eugeni—. Y usted es, sin duda, una magnífica agente de la CIA. Una gran espía, señorita Nora.

—Las hay mejores que yo… —sonrió Brigitte—. Pero voy aprendiendo.

—¿Está segura?

—¿De qué? ¿De que voy aprendiendo?

—No… De que hay espías mejores que usted… ¿Está segura?

—Pues… claro. Supongo que habrá muchas espías mejores que yo. ¿Por qué suponen lo contrario? ¿Creen que soy la mejor, acaso?

Eugeni y Vladimir se quedaron mirándola fijamente. Por fin, fue Vladimir quien sonrió esta vez.

—Pasaremos su oferta a… nuestro director de misión. Cuando vuelva le daremos la respuesta.

—De acuerdo. Fastidioso oficio el nuestro, ¿no creen?

—Todo tiene sus compensaciones.

—Verdad es. Hasta luego, colegas. Y tengan cuidado con los chinos, pues, naturalmente, saben que estamos ahora charlando amistosamente: No se duerman.

—Gracias por el consejo.

Brigitte rió quedamente, y salió del coche. Cuando llegó al suyo, estuvo a punto de lanzar una carcajada al pensar en lo aturdida, desconcertada e intrigadísima que debía estar Ludovique Charrier. Pero, ciertamente, había tenido tiempo para reponerse de la sorpresa, y la recibió con toda naturalidad.

—Temo que la estoy perturbando en su trabajo, Nora —dijo.

—¿Por qué dice eso, *madame*?

—Bueno… Es evidente que usted y el señor Burke tienen muchas cosas que hacer… No quiero resultarles molesta.

—*Mais non, Madame…*! Ocurre que dispongo de varios días para estar en Hong Kong, y he pensado que cuanto antes termine el trabajo que me ha traído aquí, antes podré dedicarme a divertirme, sin ninguna preocupación. Maxwell es tan amable de ayudarme, así como algunos de sus conocidos o amigos periodistas… Eso es todo. Seguramente, mañana ya no tendré nada que hacer.

—Pero sí tiene cosas que hacer hoy.

—Pues, sí, en efecto…

—Le diré lo que podemos hacer, *ma petite*: usted me baja a la

ciudad, yo tomaré un taxi, y me iré al hotel. Así, usted ahorrará tiempo para terminar sus asuntos, y podrá pasar a recogerme antes, en cuanto termine… La verdad es que no quisiera perderme un paseo nocturno, ni mucho menos, una cena en uno de esos restaurantes flotantes…

—De acuerdo. Buena idea, *madame*. La llevaré abajo, la dejaré en un taxi y me ocuparé inmediatamente de esos pequeños recados.

Puso en marcha el coche, iniciando el descenso de las terrazas, hacia la parte baja. Naturalmente que Ludovique Charrier quería separarse de ella: tenía que llamar a Vladimir y Eugeni por la radio de bolsillo, o, quizá al propio Tiburón Rojo, para comunicarle que ella había estado hablando con Vladimir y Eugeni. De un modo u otro, Ludovique Charrier debía estar muy impaciente por enterarse de lo que ella había hablado con Eugeni y Vladimir.

Y mientras *madame* se interesaba por eso, ella sabía muy bien lo qué tenía que hacer…

Capítulo VIII

Simón entró en el coche, sentándose junto a ella. La miró rápidamente y sonrió como por compromiso.

—¿Y su vieja amiga? —preguntó.

—Muy ocupada. En estos momentos ya debe estar enterada de lo que hablé con sus compañeros.

Simón se estremeció cómicamente.

—Jovencita —dijo—, tiene usted una sangre fría capaz de ser utilizada como plasma dentro de quinientos años.

Baby se echó a reír.

—¡Es usted muy pintoresco, Simón! ¿Qué hay de nuestro tiburón?

—Nuestro inefable Tiburón Rojo se está portando como un excelente muchacho. No ha hecho nada en toda la mañana. Ni siquiera ha salido del yate. Ha salido varias veces a cubierta, ha respirado hondo como si dentro del yate le faltara aire… Es un gran tipo, de veras. Muy apuesto, hermoso… Hasta diría que parece simpático.

—Podríamos invitarle a pasar las Navidades en la Casa Blanca —propuso Brigitte.

Simón se echó a reír.

—¡Ésta es buena! ¡Sí, señor, ésta es buena! ¡Me gusta usted! Me pregunto qué haría Tiburón Rojo si tuviera al alcance de su punzón la espalda de nuestro presidente… ¡Brrr…! Esto… ¿Cómo está Max?

—Bien.

—¿Bien? ¿Del todo?

—Claro… ¿Qué le pasa? ¿Por qué pregunta eso? O se está bien del todo o se está mal del todo, ¿no?

—No en su caso. ¿Vamos a matar a Tiburón Rojo?

—Estudiaremos las posibilidades. Pero quiero que me aclare eso: ¿qué significan sus palabras respecto a Maxwell Burke? ¿Qué tiene

de especial su caso? Es un hombre joven, sano, fuerte, inteligente… Y hasta asegura que no tiene el menor miedo. Cuando mencioné esta palabra que todos los espías conocemos tan bien, se echó a reír. No creo que debamos preocuparnos demasiado por él.

—Si ése es su punto de vista, puede irse al infierno —gruñó Simón.

—¿Me está enviando al infierno… a mí?

—A usted, Baby.

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—Algo no marcha bien aquí —murmuró—. No es que tenga celos de Maxwell Burke, Simón, pero creo que todos los Simones me quieren lo suficiente para… no enviarme jamás al infierno. Si por cualquier motivo, aunque sea de tipo personal, usted no siente simpatía hacia mí, le ruego que me dé una explicación, y le aseguro que haré lo posible por convencerlo de mis buenas intenciones hacia todos ustedes.

—Perdóneme… Es por lo de Max… Usted no es comprensiva con él.

—Desde siempre, detesto las discusiones, Simón. ¿A qué se refiere? Maxwell es inteligente, engreído, irónico… Se considera tan superdotado que dice que ni siquiera tiene miedo. Eso, evidentemente, es mentira. Todos sentimos miedo alguna vez. Pero él dice…

—¿Por qué ha de tener miedo? A fin de cuentas, está condenado a muerte. No se va a librar de ella en un plazo muy corto… ¿Por qué no ha de permitirse el lujo de olvidar el miedo?

—Bueno… Ya sé que está en un cepo muy peligroso, pero no definitivo. Le aseguro que haré lo posible por sacarlo de esa trampa…

—Hijita, yo no me estoy refiriendo a eso, sino a su corazón.

—¿A qué corazón?

—Al de Max.

—Mmmm… Por Dios, no comprendo… ¿Qué pasa con el corazón de Max? ¿Es de caucho?

—Esta es una broma de pésimo gusto, Baby.

—¡No entiendo nada! ¿Quiere decirme de una vez qué es lo que pasa con Max, o con su miedo inexistente, o con su corazón? ¿Quiere aclararme de qué estamos hablando?

El gordito, calvo y bonachón Simón se quedó mirando a la bellísima muchacha rubia de ojos oscuros. Aun sin recurrir a su auténtico aspecto físico, Baby, resultaba tan hermosa…

—¿No se lo dijeron en Washington? —murmuró.

—No estuve en Washington. Recibí las órdenes directamente en mi domicilio, con el tiempo justo para tomar un avión que me llevó a San Francisco, y de allá, vía Honolulu, a Hong Kong. ¿Qué me tenían que haber dicho en Washington?

—Es sobre el corazón de Max… ¿De veras no lo sabe?

—¿Quiere explicarse de una vez? —Casi, gritó Brigitte.

—Está enfermo. Ha tenido ya varios infartos.

—¿Qui… quién…? —tartamudeó Brigitte—. ¿Maxwell Burke?

—Sí.

—Por Dios…

—En la última revisión médica, le dijeron que tenía que volver a Estados Unidos. Tiene solamente un año de vida, como máximo. Su corazón puede fallar en cualquier momento… Un fallo… definitivo. Se va a morir antes de un año. Y a pesar de eso, no quiso marcharse de Hong Kong. Dijo que si tenía que morir, no quería hacerlo como un inválido, sino en la brecha, como un espía. Le dijeron que enviarían a otro jefe local en su puesto, pero cuando le dijeron quién iba a ser ese jefe local, se negó a abandonar Hong Kong. Ha exigido a la Central un jefe adecuado, y exige, además que ese jefe esté bajo su supervisión, haciéndose cargo del tinglado de espionaje, durante tres meses como mínimo. ¿Sabe por qué lo hace? Porque no confía en nadie, y teme que si él se va, nos maten a los que hace tiempo somos sus compañeros, o fracasemos… Por eso, Maxwell no se quiere ir de Hong Kong, a descansar, a morir en paz. ¿No lo sabía?

Baby estaba lívida, tan blanco su rostro como la más blanca nieve.

—No —musitó.

—Pues ya lo sabe ahora. Y si alguien está esperando que Max se marche de Hong Kong, precisamente en estas circunstancias, es que está loco. O no lo conoce. Mire, él es más joven que todos los demás que operamos por aquí, pero… Bueno, todos nos preguntamos qué pasará cuando Max se vaya. ¿Lo entiende?

—¿Lo… lo sabe… lo sabe él…?

—Lo sabe, todo. Incluso que va a morir dentro de un año como máximo.

—Dios mío… —gimió Brigitte, angustiada—. Pero… pero ese hombre… ese hombre es admirable…

—No me diga.

Brigitte notaba como una brutal tenaza estrujándole la garganta. Comprendía ahora a Maxwell Burke, su desprecio por la vida, su risa cuando ella le preguntó si tenía miedo. ¿Miedo de qué? ¿De la muerte, que tan próxima tenía? Por supuesto que Maxwell Burke no podía tener miedo… Tenía un año de vida como máximo. Y ese año lo estaba sacrificando a sus compañeros de la CIA.

—Ya puede parar… —dijo Simón—. El yate de Tiburón Rojo está muy cerca de aquí. En definitiva: ¿qué vamos a hacer?

La espía se volvió hacia Simón, y éste vio aquel extraño, impresionante gesto frío, como congelado, en los ojos de ella. Sin decir palabra, Baby recurrió a su maletín, del cual sacó el trípode para la cámara fotográfica. En pocos segundos, ante la expectante mirada de Simón, el trípode quedó convertido en un extraño fusil de tubos de aluminio. Una cápsula de cristal en forma de bala, se deslizó por el tubo.

—Pase al volante, Simón. Y lleve el coche lo más cerca posible de ese yate.

—¿Lo vamos a matar? —Brillaron los ojos del espía.

—Usted va a tener el privilegio de ver cómo muere Tiburón Rojo.

Simón salió del coche y lo rodeó por delante, mientras Brigitte se desplazaba al asiento que hasta entonces había ocupado su compañero. Éste tomó los mandos del coche y continuó todavía un par de cientos de yardas. Por fin se detuvo, señalando hacia el puerto, atestado de sampanes, juncos, lanchones… De todo el conjunto brotaba un humo blanquecino, y hasta allí llegaba un olor muy molesto, a sudor, a gente, a cuerpos humanos…

—Aquí está bien —musitó Brigitte.

—Hay más dé sesenta yardas… Demasiada distancia si piensa matarlo de un disparo con eso. Puedo ir a buscar mi fusil silencioso y de mira telescópica…

—No hay más que hablar, Simón.

Sacó unos pequeños gemelos de teatro, separó uno de los

componentes, y lo encajó en los tubos de aluminio. Luego arrancó uno de los rubios cabellos de la peluca, lo partió en dos, y con saliva los pegó en la lente del tubo óptico. En realidad, lo que Baby tenía en las manos era un fusil de mira telescópica… Probó la puntería, frunció el ceño y movió un poco los dos trozos de cabello, formando con ellos una cruz perfecta en el centro.

—Demasiada distancia —insistió Simón.

—¿Tiene un cigarrillo?

—Tengo muchos. Y los vamos a gastar todos, si esperamos que Tiburón Rojo salga a la cubierta. Lo hace muy espaciadamente.

Dio un cigarrillo a Brigitte, y se lo encendió. La espía internacional miró hacia el yate llamado Yokohu Maru y, expeliendo el humo del cigarrillo, musitó:

—Tenemos tiempo, Simón. Y toda la paciencia del mundo. Una cosa puede usted tener por segura: no será Tiburón Rojo quien nos mate a Maxwell Burke.

* * *

Casi dos horas y media más tarde, Baby se tensó, de pronto. Aplastó el cigarrillo en el cenicero del coche y se quedó mirando fijamente hacia el yate. Simón siguió la dirección de su mirada.

—Ahí sale… ¡Por fin! Oiga…, ¿quiere que sea yo quien…?

—Cállese. Y mueva el coche un poco hacia su izquierda.

Esperó a que Simón obedeciera su indicación. El coche quedó mejor orientado. Tranquilamente, fríamente, la divina espía alzó su fusil de tubos de aluminio, metiéndose más hacia el centro del asiento delantero, de modo que no podía ser vista desde el exterior. Simón estaba terriblemente nervioso. Su impaciencia llegaba al final, pero no las tenía todas consigo. Sin embargo, se tranquilizó al mirar aquellas manitas que sujetaban el fusil: firmes, inmóviles, seguras como si fuesen puntales de acero. Veía la mejilla de Baby inclinada, de modo que su ojo derecho estaba en línea con la mira, telescópica improvisada. Unas finas gotitas de sudor aparecieron en la frente de Simón…

¡Fuuuummm…!

—Vámonos —dijo Baby, bajando el fusil.

La mirada de Simón saltó hacia el yate Yokohu Maru. Vio en la

cubierta al hombre de los cabellos rojos, todavía de pie, con las manos en el pecho, la cabeza caída sobre éste…

—¡Espere! Quizá esté solamente herido… ¡Convendría…!

—Está muerto —dijo la espía—. Esa bala contiene veneno para matar a cien hombres. Vámonos: Tenemos otras cosas que hacer.

De nuevo miró Simón hacia el yate. El hombre de los cabellos rojos había caído de bruces sobre la cubierta. Seguramente, los chinos de los pesqueros próximos tardarían bastante en darse cuenta de que algo anormal estaba ocurriendo. Pero, muy posiblemente, no dirían nada. No tenían por qué buscarse complicaciones. ¿Había muerto un blanco en su lujoso yate? Pues muy bien… ¿Y qué? Además, quizá sólo estuviese borracho. ¿Por qué preocuparse por él?

Mientras Simón conducía el coche alejándose de allí Brigitte desmontó tranquilamente el fusil, y lo convirtió de nuevo en un trípode para cámara fotográfica. También los gemelos de teatro recuperaron su inofensiva apariencia. En pocos minutos perdieron de vista el puerto de Aberdeen, hasta que, por fin, Simón detuvo el coche, cerca de donde casi tres horas antes había estado esperando en el suyo la llegada de la espía internacional. Sacó su pañuelo y se lo pasó por la frente.

—Vuelva a su coche, Simón. Y estén todos atentos a mi llamada.

—¿Avisará a Chi En Tao?

—En su momento, sí. Todavía quedan pequeños asuntos por resolver.

—Está bien… ¿Y respecto a Maxwell?

—No sé… ¿No sé qué hacer?

—¿Cómo? —Quedó atónito Simón—. ¿Qué quiere decir con eso de que no sabe qué hacer?

—Me pregunto si él quiere vivir un año pensando que puede morir en cualquier momento, o bien prefiere morir de una vez, al pie del cañón, en plena lucha.

—¿Pero qué dice usted? —gritó Simón—. ¡No importa lo que él quiera, sino el derecho que tiene a terminar su vida en paz! ¡Poco importa que sólo sea un año lo que le quede! ¡Tiene derecho a ese año de paz! ¡Hay que sacarlo de Hong Kong!

—Ciao —musitó Brigitte.

—¡Escuche, si ese hombre…!

—He dicho ciao, Simón.

El agente de la CIA se quedó mirándola. Por fin, salió del coche, con un gesto seco, frío, y se dirigió hacia el suyo. Baby ni siquiera esperó a verlo subir. Se alejó de allí, en dirección al Hong Kong Hotel, donde tenía que recoger a Ludovique Charrier, el pez piloto que se había quedado, sin tiburón a quien servir.

Pero, como suele decirse, es bien sabido que por grande que sea un tiburón, siempre puede haber otro más grande todavía. En este caso, Tiburón Rojo no había pasado de ser un pequeño pececillo en comparación con las poderosas e implacables mandíbulas de cierta jovencita llamada Baby.

Capítulo IX

—Casi las ocho… —dijo Brigitte—. Un poco tarde, ciertamente, *madame*, pero tuve que hacer tantas cosas…

—No importa. Es cierto que empezaba a preocuparme por si le había ocurrido algo, pero todo está bien ya. Espero, que el señor Burke haya terminado su trabajo.

—Ha tenido tiempo de sobra… —sonrió Brigitte—. Pero aunque no lo haya terminado, lo sacaremos de su despacho. En la vida, *madame*, no todo ha de ser trabajar.

—Ciertamente. ¿Tuvo oportunidad para hacer todo lo que se había propuesto?

—Sí. Sí, desde luego… Con mucha paciencia, pero pude conseguirlo. Eso quiere decir que a partir de mañana tendré varios días libres en Hong Kong. Y espero disfrutarlos muy cumplidamente. ¿Estará usted mucho tiempo aquí, *madame*?

—Me gustaría… Pero estoy asustada por lo que me dijo usted respecto al precio del hotel. Sinceramente, mis ahorros no dan para…

Madame Charrier continuó dando explicaciones respecto a la escasa cuantía de sus ahorros, mientras Brigitte, simulando atenderla, con una cortés sonrisita de atención en los labios, se dedicaba en realidad a sus propios pensamientos.

Al llegar al hotel había encontrado a Ludovique esperándola en el vestíbulo, pero le rogó que la esperase unos minutos mientras subía a cambiarse de ropa. Una vez en su *suite*, Brigitte había recurrido a su receptor, por si había algo grabado de lo que sin duda la dama había hablado con sus compañeros Eugeni y Vladimir, o con el propio Tiburón Rojo… Pero, tal como había temido, la cinta magnética hacía ya rato que había terminado su recorrido cuando la dama llegó al hotel, de modo que nada había grabado. No importaba. Podía imaginarse muy bien la mayor parte

de lo sucedido. Y, evidentemente, *madame* Charrier, así como Eugeni y Vladimir, debían haber hablado con Tiburón Rojo, por medio de las radios de bolsillo, antes de que ella lo matase en el yate. De modo que no sabían que estaba muerto… Habían hablado con él bastante antes, mientras ella esperaba con Simón dentro del coche. Luego, cada uno con sus instrucciones, Eugeni y Vladimir debían haber seguido las suyas, mientras Ludovique Charrier bajaba a esperarla al vestíbulo. No… No podían saber que Tiburón Rojo había pasado a peor vida.

Sin embargo, era poco probable que la dama que decía ser francesa no hubiera visto los pendientes con los pequeños oídos mágicos. Lo cual significaba que, si bien nadie estaba engañando a nadie, el juego de las amables mentiras continuaba. Y mientras los rusos no supieran que Tiburón Rojo había sido… ejecutado, todo seguiría por caminos de relativa buena armonía.

Por fin, llegaron a la terraza donde Maxwell Burke tenía su casa, ya anocheciendo. De pasada, Brigitte vio el coche de los rusos, y distinguió con cierta dificultad a ambos, sentados en el asiento delantero…

—Es extraño… —comentó Ludovique—. ¿No es ése el coche de sus amigos de antes, Nora? Y juraría que ellos están dentro.

—Así es, *madame*… —Detuvo el coche a unas cincuenta yardas de la casa de Burke—. Me están esperando, pues debo darles un recado. ¿Le importa esperar aquí un minuto, por favor? Es la última gestión del día, seguramente.

—Oh, está bien… Me alegra mucho que haya podido hacer hoy todo su trabajo.

Brigitte sonrió, se apeó y retrocedió hacia donde estaba el coche de los rusos, con todas las luces apagadas. De cuando en cuando, se veían las luces de algún auto por las curvas altas del Peek, bajando o subiendo…

Se inclinó junto a la ventanilla, mirando a Vladimir.

—¿Y bien? —sonrió—. ¿Ha recibido ya las…?

—Buenas noches, señorita Tisdale —dijo una voz conocida en el asiento de atrás.

Baby quedó inmóvil. Su mirada pasó, de los vidriados ojos de Vladimir, terriblemente abiertos y fijos, al crispado rostro de Eugeni, sentado junto a su compañero. Los dos estaban muertos.

Y en el asiento de atrás, dos hombres se estaban incorporando, dejando ya de ocultarse. Los dos vestían de oscuro, los dos eran chinos, los dos tenían una pistola en la mano, apuntando a la cabeza de la espía internacional. A uno de ellos no lo conocía. El otro…

—Buenas noches, señor Tiang Fu Ti —murmuró Brigitte.

—Estoy convencido de que su vista es excelente, señorita Tisdale. Por lo menos, lo bastante buena para ver nuestras pistolas… ¿Sí?

—En efecto, señor Fu Ti. Las veo muy bien.

—Lamentaría mucho tener que destrozar tan hermosa cabecita de un balazo. A decir verdad, puesto a matarla, preferiría disparar contra su espalda…, lo cual sucederá si usted, en lugar de entrar en el coche, decide huir. De todos modos, una espía de su inteligencia no querrá morir, supongo, por eso que decimos los espías de que, mientras la bala no ha salido de la pistola, todo, puede arreglarse… pacíficamente.

—Esa es mi teoría… —sonrió Baby—. ¿Dónde me siento? ¿Delante o detrás?

—Delante, al volante, mi querida señorita. Aparte un poco a los rusos, tome los mandos, y dé la vuelta… Nos vamos hacia el Peek.

—¿Hacia el seis mil veintidós de Buckinghan Road?

—Exactamente. Veo que se preocupó de preguntarle a Maxwell Burke cuál era mi domicilio. Eso me complace mucho.

—¿Piensa usted matarme… a domicilio, señor Fu Ti? —preguntó Brigitte, ya al volante del coche de los rusos.

—Por el contrario: sólo pretendo ser amable con usted. Y para demostrárselo, me he permitido traerle auténticos claveles chinos… Espero que le gusten.

Sonriendo simpáticamente, Brigitte tomó el ramo de claveles que apareció por encima de su hombro. Los olió y lanzó un gemidito de placer.

—¡Pero qué atento es usted, señor Fu Ti! ¿Cómo podría agradecerle su gentileza?

—Oh, estoy seguro de que podrá hacerlo. Hablaremos de ello en mi casa.

—¿En su humilde morada? Muy bien. Espero que se comporte como un amable anfitrión.

—Ese es mi deseo. Pero, desdichadamente, depende más de usted misma que de mí. Por favor, vámonos ya de aquí. Y no se preocupe por el señor Burke. Está… bien atendido.

—¿Pero vivo?

—Por ahora, sí, está vivo.

—Hay otro detalle. En mi coche hay una dama francesa que…

—También nos hemos ocupado de ella. Cuando usted arranque, su coche nos seguirá. Espero que mis hombres no hayan asustado a esa dama… francesa. Aunque no la supongo a usted tan ingenua… ¿De verdad ha creído que los rusos no la vigilaban a usted, que solamente se dedicaban a vigilar al señor Burke?

Brigitte había salido ya a la carretera, y conducía hacia lo alto, viendo por el retrovisor cómo, en efecto, su coche iba tras el que conducía ahora. ¡Pobre *madame* Charrier! ¡Con lo poco que le gustaban los chinos…!

—Sé bien que la dama francesa es, en realidad, rusa, señor Ti. No me subestime, por favor. Lo único que ocurre es que su compañía me resulta agradable. Y ya que tenía que estar bajo vigilancia rusa, preferí la compañía de esa dama a tener tras mis pasos todo el día a un hombre.

—Inteligente actitud. Espero que su inteligencia no me defraude cuando le haga algunas preguntas. Dígame: ¿ha visto usted a Tiburón Rojo?

—¿A ese espía asesino? No… Pero comprendí anoche que no está muy lejos de nosotros. Naturalmente fue él quien mató a su hombre en la terraza de mi hotel, señor Ti. Supongo que porque no quería testigos en el contacto que la dama francesa hizo conmigo.

—¿Qué opina usted de Tiburón Rojo?

—Pues… es un asesino estúpido, simplemente. Muy peligroso, desde luego. Con toda seguridad, un maníaco. Mucho me temo que no entiende el espionaje como nosotros.

—¡Estamos de acuerdo! Bien está matar, pero cuando es necesario de verdad; al menos, en las obligaciones que imponen ciertos… *affaires* de espionaje. Tiburón Rojo nos ha matado ya veintitrés agentes…, que sepamos. En Hong Kong, en Tokio, en Macao, en Manila, en Singapur…

—Ustedes nos llevan ventaja: de la CIA sólo ha matado catorce…, que sepamos. Pero, claro, en Extremo Oriente hay más

espías chinos que americanos. Dígame, señor Ti: ¿qué ha pasado con estos dos rusos?

—Digamos que rompieron la tregua. A media tarde, abandonaron el coche, y así me lo informaron los hombres que tenía vigilando a Maxwell Burke. Ordené a uno de mis hombres que los siguiera, pero… En fin, le diré que mataron a ese hombre, y luego a los otros dos que, como usted sin duda sabe, estaban vigilando la casa del señor Burke desde detrás de unas matas.

Estuve llamándolos por la radio, y como no contestaban, y antes me habían dicho que usted había estado charlando con ellos dos, comencé a atar cabos… Y decidí efectuar una… operación de represalia. En estos momentos, domino por completo la situación. Incluso el señor Burke está bien custodiado por mis hombres.

—Bien… No cabe duda de que, en efecto, domina usted la situación, señor Ti.

—Por favor, llámeme simplemente Tiang. Ser enemigos no significa que debamos perder la cordialidad. En cuanto a mi dominio de la situación, no es… absolutamente completo.

—Oh, cómo lo lamento, Tiang…

—Pero lo será pronto, en cuanto usted me diga cuándo y cómo van a recoger al coronel Chi En Tao.

—¿Yo tengo que decírselo?

—Presiento que es quien está dirigiendo la orquesta, señorita Tisdale. Muy hábil su maniobra de aliarse con los rusos para resolver el peligro que significábamos nosotros, pero ya ve que los rusos han pagado muy cara su colaboración con la CIA. Ahora, llegaremos a mi casa, usted me dirá cómo debo hacerlo para recoger a Chi En Tao, y entonces podremos dedicarnos a intentar hallar una solución… honorable para esta situación tan comprometida para todos… ¿De acuerdo, señorita Tisdale?

—Por favor, llámeme simplemente Nora… Pero, no. Me temo que no estoy de acuerdo, Tiang.

—Entonces, lo lamento por usted. Sinceramente lo lamento, ya que, compréndalo, de un modo u otro, yo debo saber el paradero actual o futuro del traidor coronel, Chi En Tao. Y usted va a decírmelo.

—Permítame dudarlo.

—Se lo permito… por ahora.

Capítulo X

Uno tras otro, los dos coches, entraron en la quinta de Tiang Fu Ti, cruzaron el hermoso jardín, del cual, ya cerrada la noche, sólo se podía apreciar su penetrante aroma de flores diversas, y llegaron ante la casa. Allí se apearon todos, excepto los rusos, naturalmente. Aparecieron cuatro chinos más, y tras una orden de Tiang Ti en su idioma, dos de ellos comenzaron a sacar a Vladimir y Eugeni del coche. Para entonces había llegado ya un tercer coche, que cerraba la marcha. De él se apeó otro chino más y Brigitte comprendió que aquél era el coche de Tiang Fu Ti.

Ludovique Charrier, escoltada por los dos chinos que la habían apresado en el coche de Brigitte, se reunió con ésta, airado el gesto, blandiendo belicosamente su sombrilla.

—¡Ya le dije que no me gustaban los chinos! Y le aseguro que en cuanto volvamos a Hong Kong, voy a ir a la policía para decirles…

—Oh, ya basta, *madame*… —cortó Brigitte, amablemente—. Las mentiras han terminado.

—¿Mentiras? No la comprendo, ma petite…

—Pues debería comprenderme muy bien —dijo Brigitte, en ruso —. Sería absurdo que usted no hubiera comprendido que estamos en poder del servicio secreto chino, querida colega.

—La señorita Tisdale tiene razón… —sonrió amistosamente Fu Ti—. Ya terminó la tregua. Tengan la bondad de honrar mi humilde casa.

Rodeadas de chinos, las dos mujeres entraron en la casa, cruzaron el amplio vestíbulo decorado a estilo netamente oriental, y salieron a un gran patio central, con más jardín, en cuyo centro se veía una pequeña cabaña hecha de cañas de bambú. A ambos lados, sendos surtidores, el rumor de cuya agua producía un efecto sedante, tranquilizador…

Uno de los chinos abrió la puerta, entró, y en seguida se

encendió una luz eléctrica, dentro de la cabaña. A una seña de Fu Ti, las dos mujeres entraron, mirando rápidamente a su alrededor. El suelo estaba completamente cubierto por una gran estera muy gruesa, de paja amarillenta. En las paredes se veían tiestos de flores colgando de finos alambres, sombreros cónicos de *coolie* y, en varios estantes voladizos, pequeñas estatuillas del ventrudo y simpático Buda. A un lado un grupo de gruesas cañas de bambú, formando una especie de pared, por la cual trepaban plantas de flores menudas, delicadas, de muy grato aroma.

—Yo lo llamo mi Jardín de la Meditación —explicó Tiang Fu Ti —. Suelo retirarme aquí con bastante frecuencia, a pensar. Al menos, eso es lo que muchos creen… —Alzó una puntiaguda caña de bambú que había en el suelo y sonrió—. En realidad, éste es mi lugar de trabajo. Aunque, no voy a negarlo, también lo utilizo para meditar de verdad.

Dijo algo en chino, y mientras dos de sus hombres y él mismo seguían apuntando con sus pistolas a Brigitte y Ludovique, los otros cuatro empujaron a éstas hacia aquella pared hecha con troncos de bambú. Les hicieron señas para que alzaran las manos, y luego, tras enrollar sus muñecas con fino y fortísimo alambre, las ataron a lo alto de aquellas cañas fortísimas.

—Bien… Por un momento, señorita Tisdale, temí que intentase usted algo peligroso. Casi me siento defraudado.

—No tengo por qué suicidarme, Tiang.

—Cierto… ¡Muy cierto! Todavía podemos terminar este asunto de un modo relativamente amable. ¿Dónde y cuándo van a recoger al coronel Chi En Tao?

—El treinta y dos de febrero, en la corona de la Estatua de la Libertad.

Tiang Fu Ti sonrió, pero de un modo frío, torvo. Adelantó un paso más, asió los rubios cabellos de Brigitte, y dio un tirón, arrancando la peluca, de modo que la negra cabellera, tras un manotazo del chino, se desparramó, brillante, hermosa. Luego, Fu Ti se humedeció la yema del dedo índice y lo acercó al ojo de Baby, que permaneció inmóvil, con el ojo muy abierto… Así, una tras otra, las dos microlentillas fueron quitadas, dejando al descubierto las deslumbrantes pupilas azules.

—Fantástico… —murmuró Tiang Fu Ti—. Lo sospechaba, pero

casi me resistía a creerlo. Es usted formidable, señorita Tisdale… Sencillamente formidable. Pero… ¿Nora Tisdale? No, no, no… Yo no creo que se llame así. Ni me importa su nombre verdadero, realmente. Pero sí deberé agradecer eternamente a Buda el privilegio que me ha concedido… Porque usted, señorita Tisdale, sólo puede ser la agente Baby. ¿O no?

Brigitte volvió la cabeza y vio fijos en ella, muy abiertos tras los gruesos cristales, los ojos de Ludovique Charrier.

—Es posible, Tiang —sonrió.

—Sí, sí… ¡Tiene que ser Baby! ¿No se da cuenta? La CIA sabía muy bien lo difícil de esta situación en Hong Kong, y, como drástico intento de solucionarlo, no envían a un grupo de sus mejores y más peligrosos agentes, sino a una mujer. Sólo a una mujer… ¿No es eso revelador, señorita Tisdale? ¿Debemos creer que los de la CIA están locos, para enviar a una mujer solamente? A menos, claro, que esa mujer sea la… mítica, fabulosa jamás vencida ni identificada agente Baby. ¿No está de acuerdo?

—Recuerde, Tiang, que viva valgo tres millones de dólares. Muerta, solamente le darían dos, en Pekín.

—¡Cierto! Por tanto, la llevaré viva allá… Pero viva, no quiere decir entera. ¿Me comprende?

—Si no le digo lo que quiere saber, me torturará brutalmente.

—En efecto. ¿Qué decide?

—Intentaré resistir la tortura.

Tiang Fu Ti movió negativamente la cabeza, con gesto de pesar. Miró a Ludovique Charrier, de pronto.

—Como espía, *madame*, usted no es muy eficaz, en cambio. ¿No sospechó ni por un instante que ella era Baby? Mis pensamientos para llegar a esta conclusión están llenos de lógica, no soy un genio por haberlos tenido, ¿no cree?

—Supe en seguida que ella era Baby —replicó secamente la falsa francesa—. Pero tenía otra cosa que hacer, por el momento.

—Oh… Sí, realmente, su actitud fue cautelosa e inteligente, si lo consideramos con calma. Primero, el coronel Chi En Tao. Luego, ya habría tiempo de decirte a su Tiburón Rojo que la señorita Tisdale era nada menos que Baby. Por cierto: ¿dónde está ahora Tiburón Rojo?

Ludovique Charrier apretó los labios, y Tiang Fu Ti

comprendió…

—Parece que tendremos tortura por partida doble… —musitó—. Porque le aseguro, *madame*, que usted me dirá dónde está Tiburón Rojo. Tenemos muchas cuentas que saldar con él. Pero vayamos a lo primero. ¿Dispuesta a gritar, Baby?

—Nunca grito.

Tiang Fu Ti se limitó a sonreír. Hizo una seña a uno de sus hombres, que le trajo una pequeña arqueta de laca. La abrió y la sostuvo ante él. Muy delicadamente, Fu Ti sacó una aguja-espina, brillante, de diminutos dientes afiladísimos. La mostró a Brigitte y a Ludovique. Luego, de pronto, sin más contemplaciones, la hundió en un costado de Brigitte casi una pulgada. El alarido de la espía internacional fue espantoso, incontenible, y estuvo vibrando algunos segundos dentro de la pequeña cabaña… de meditación. Se quedó mirando con expresión desorbitada a Tiang Fu Ti, jadeando… Unas finas gotitas de sudor aparecieron en la tersa frente de Baby, cuyo rostro estaba completamente blanco, desencajado.

—Creí que usted no gritaba nunca… —sonrió Tiang Fu Ti—. ¿Es suficiente, o seguimos?

Brigitte no contestó, y, siempre con mucha delicadeza, Tiang hundió un poco más la aguja. Esta vez, ya sobre aviso, la divina no gritó, pero su rostro se desencajó aún más, y su frente se llenó completamente de sudor. Su cuerpo, que se había crispado violentamente, se relajó de pronto, y un profundo suspiro brotó dé su pecho.

—Su resistencia es grande… —musitó el chino—. Muy grande. Pero esto ni siquiera lo resiste un hombre fuerte. Dejaremos esa aguja ahí, y seguiremos con otra.

Tomó otra aguja de la arqueta laqueada, volvió ante Brigitte, asió el vestido de ésta por el escote y dio un tirón. Al tirar de la ropa, la aguja-espina que tenía clavada fue movida y eso le ocasionó de nuevo aquel espantoso dolor. La aguja quedó en su sitio, visible ahora el agujero estrellado.

A su pesar, Tiang. Fu Ti quedó impresionado ante la belleza de Baby. Los chinos que asistían al brutal acto mostraron, por un instante, un destello ardiente en sus negros e impávidos ojos. Tiang Fu Ti estuvo vacilando unos segundo, pero, finalmente, hundió la

otra aguja en Baby, que volvió a tensarse fuertemente, mordiéndose los labios… Y de pronto, se relajó de nuevo, ahora perdido el conocimiento. Su cabeza quedó colgando hacia el pecho.

Una seña de Tiang Fu Ti, debidamente interpretada, movió a uno de sus hombres a salir de la cabaña. Regresó en seguida, con un cubo lleno de agua, que tiró sobre Brigitte. Ésta se agitó, gimiendo. Alzó la cabeza, y sus ojos se fijaron con apagada expresión en los de Fu Ti, que arrancó la segunda espina, bruscamente. Pareció que Baby fuera a desmayarse de nuevo, pero, resistió.

—Admirable… —murmuró sinceramente Tiang. Fu Ti—. Pero completamente inútil, Baby. No sea absurda. Tardará más o menos, pero acabará por decirme lo que quiero saber. Esto es sólo el principio. Voy a seguir ahora con otro instrumento. Véalo… —Mostró una especie de bisturí pequeño, de hoja ancha, afiladísima —. Le diré cómo funciona.

Acercó el extraño bisturí a la frente de Baby, hacia el nacimiento del cabello…

—No… —gimió Brigitte—. ¡No, no, no! ¡Se lo diré! ¡Le diré lo que quiere saber! ¡SE LO DIRÉ!

—Muy bien… La escucho. ¿Dónde y cuándo han de recoger a Chi En Tao?

—Suélteme las manos… Déjeme moverme… Por Dios se lo pido, Fu Ti, sáqueme de aquí… ¡No! ¡No me quite esto aún, me haría pedazos…!

Fu Ti retiró la mano, dejando la primera aguja-espina todavía clavada en el costado de Brigitte.

—Soltadla —dijo—. A ella sola.

Segundos después, la divina espía se desplomaba a los pies del chino, que se acuclilló ante ella, y le alzó la cabeza, tirando de los cabellos.

—Sin bromas, Baby. Si está queriendo perder el tiempo…

—No… Se lo voy a decir… —jadeó Baby, que parecía a punto de desmayarse—. Le juro que se lo digo, Fu Ti… Sólo… déjeme reponerme un poco…

Casi un minuto más tarde, la espía estaba en condiciones de hablar.

—Chi En Tao llamó esta tarde por teléfono a Maxwell Burke… Yo tomé la llamada, y quedamos…, quedamos en que Chi En Tao

estaría… rondando cerca de la casa de Burke, hasta… hasta que viera una bengala roja en el cielo… Esa… es la señal para que él venga a la casa… La bengala indicará que todo ha terminado, que no hay peligro…

—¿Así de sencillo? —Brillaron los ojos de Tiang Fu Ti.

—Sí… ¡Se lo juro!

—Se va a quedar aquí, Baby… —musitó el chino—. Y si me ha mentido, llorará lágrimas de sangre… sobre su rostro sin piel. Piénselo bien. Si me ha mentido, y yo vuelvo…

—¡Le he dicho la verdad!

—Bien… Si todo lo que necesitamos para que ese traidor se presente en la casa de Burke, es una bengala roja, no hay problema. La bengala estará en el cielo antes de media hora.

Se incorporó, habló con sus hombres y salió de la cabaña, en la cual sólo quedaron dos de los chinos, pistola en mano, apuntando a la divina espía, que parecía más que nunca al borde del desmayo. Tres minutos más tarde alzó la cabeza, y miró mortecinamente a los dos guardianes que había dejado Tiang Fu Ti. Con manos temblorosas, alzó los jirones de su vestido, cubriéndose…, lo cual provocó la sonrisa en los dos orientales. Uno de ellos dijo algo, y el otro rió agudamente. Parecía tomarse a broma lo que había dicho su compañero, pero éste insistió y aquél comenzó a considerar más en serio la cuestión.

—Están hablando de usted… —musitó Ludovique—. Parece que la consideran muy hermosa, y están pensando… disfrutar esa belleza.

La mirada de Brigitte se clavó ahora aterrada en uno de los chinos, luego en el otro…, y comenzó a retroceder, arrastrándose por la alfombra de paja, temblando. El primer chino insistió en su placentero proyectó, y el otro asintió con la cabeza. Ambos comenzaron a acercarse, guardando las pistolas…

—No… —jadeó Brigitte—. ¡No, no…!

Pero la expresión de ambos hombres era clarísima. Y, ciertamente, ninguna clase de piedad podía esperarse de ellos. El que había tenido la buena idea se adelantó, inclinándose, asió los cabellos de Brigitte y dio un tirón, intentando arrastrarla, más cerca de la pared…

No debió olvidar jamás que aquella mujer era la agente Baby,

por la que el espionaje chino ofrecía tres millones de dólares. No. No debió olvidarlo… Para su espanto y asombro, aquella asustada y derrotada mujer se asió con su manita izquierda a un brazo de él; con la derecha dio un tirón a la aguja-espina que tenía todavía clavada en el costado, la blandió y, ferozmente, se la clavó en la garganta. El chino lanzó un espantoso alarido y cayó hacia atrás, con la aguja-espina casi completamente hundida en su garganta.

Inmediatamente, Brigitte se puso en pie, quedando ante el otro chino, que parecía petrificado. Lanzó un grito de pronto y llevó la mano hacia su pistola, concentrando toda su atención en esto…

Error.

Error mortal. Debió conceder también parte de su atención a la ensangrentada mano derecha de Baby, que se cernió sobre su cabeza, cayó con terrible fuerza… Se oyó el crujido del cráneo del chino y éste se desplomó, fulminado, soltando la pistola, que había podido sacar.

Brigitte se inclinó, recogió la pistola y se volvió hacia Ludovique Charrier, tambaleándose. La espía rusa la contemplaba con una expresión desorbitada, incrédula, pero reaccionó en seguida.

—¡Suélteme! —gritó—. ¡Pronto, suélteme de estos alambres!

—Lo… lamento… —jadeó Brigitte—. Debe haber más chinos… por aquí, y tengo… tengo prisa…

—¡Suélteme! —chilló Ludovique—. ¡No se vaya sin soltarme!

Pero Brigitte se dirigía ya hacia la puerta, a trompicones. Sentía frío en todo el cuerpo, y la cabeza le daba vueltas. Posiblemente, en cualquier otra circunstancia, habría ayudado a su colega rusa, pero no podía anteponerla a sus propios compañeros de la CIA.

Cuando salió de la cabaña, su desencajado rostro agradeció el fresco… Parecía a punto de caer de bruces de un momento a otro, pero a sus oídos llegaron las voces de por lo menos dos chinos, que, sin duda, llegaban de la casa. Sujetándose la atroz herida del costado, echó a correr hacia el otro lado del jardín interior, entró en otra sala de la casa por una ventana de bajísimo alféizar, cruzó la estancia tambaleándose, y, de pronto, se encontró en el gran vestíbulo decorado a estilo netamente oriental. Salió de la casa, vio el coche de los rusos y el de ella, en donde habían quedado al llegar, y corrió hacia el suyo. Sabía que iba dejando un rastro de sangre…

Entró en su coche, lo puso en marcha y se volvió hacia la casa, por cuya puerta aparecían ya los dos chinos. Podía plantarles cara, ya que tenía la pistola de uno de ellos, pero no era el momento de arriesgarse a recibir un balazo… Sin embargo, disparó…, contra las dos ruedas delanteras del coche de los chinos. Luego tiró la pistola por la ventanilla y se dedicó exclusivamente al volante. Por el retrovisor vio, en la oscuridad, los fogonazos de varios disparos silenciosos efectuados por los dos chinos, y notó el repiqueteo de tres o cuatro balas en la carrocería del coche…

Cinco minutos más tarde, sin parar el coche, abría su maletín y sacaba la radio, abriéndola.

—Simón… ¡Simón! —gritó.

—¡Baby! ¿Qué ocurre? —Sonó la alarmada voz de Simón.

—¡Estoy en el coche, bajando desde el Peek, y…!

Capítulo XI

Tiang Fu Ti miró una vez más su reloj y frunció el ceño, mirando torvamente luego a Maxwell Burke, que estaba sentado en el sofá, inmóvil bajo la amenaza de las pistolas de cuatro chinos… Había otro más, que había tomado el puesto de su criado. Y todavía otro, en el pequeño jardín. Y Tiang Fu Ti, que parecía empezar a impacientarse.

—Hace más de quince minutos que lanzamos la bengala, Burke. El coronel Tao ya debería estar aquí.

—Debe ser un hombre cauteloso —sonrió secamente Burke.

—Para ustedes es conveniente que sea eso, Burke, porque si Baby me ha engañado, los dos van a pasarlo pésimamente… Por cierto: ¿le he dicho ya que Baby tiene una resistencia… increíble?

—Sí.

—No la culpe por haber delatado el plan, créame. Lo que le hice, y lo que pensaba hacer, no hay ser humano que lo resista.

—Así debe ser, Fu Ti, cuando ella habló. En el supuesto de que no la vuelva a ver, dígale que no le guardo rencor. Yo habría hecho lo mismo… en circunstancias normales.

—Y yo. Pero no desespere. ¿Por qué no ha de volver a verla? Durante nuestras… cordiales relaciones, he tenido ocasión de comprobar que usted es un hombre, inteligente. Lo enviará a China, para que obtengan de usted resultados positivos. No es tan malo ser prisionero, señor Burke. Y un espía de su categoría…

Se calló bruscamente, al sonar la llamada en la puerta de la casa. Miró al chino que llevaba la blanca chaquetilla del criado de Maxwell Burke y le hizo una brusca seña. El chino asintió y fue hacia la puerta del *living*. El timbre volvía a sonar en la puerta de la casa.

Maxwell Burke se tensó, y su mirada se clavó en Tiang Fu Ti. Había tomado ya su decisión: esperaría a oír abrirse la puerta de la

casa, para que Chi En Tao, si era él quien llegaba, pudiera oír su grito de aviso, e intentara escapar; al mismo tiempo, saltaría hacia Tiang Fu Ti y, de un golpe de karate en la cabeza, lo mataría. Luego podría morir tranquilo, en la brecha, como un espía, no como un pobre enfermo…

Oyó abrirse la puerta de la casa, y una voz en inglés, preguntando por él.

—¡Tao, no entre, márch…!

Mientras gritaba, siguiendo su plan, se abalanzó contra Tiang. Fu Ti, alzando su mano derecha, crispada como una garra, que propinaría el golpe mortal, como si fuese de acero… Pero Tiang Fu Ti lanzó un chillido de sobresalto, retrocedió vivamente dos pasos y apretó el gatillo de su pistola. Burke profirió un alarido al recibir la bala, dio un par de vueltas sobre sí mismo y cayó de bruces, quedando inmóvil. En el vestíbulo de la casa se oyó otro grito y, en seguida, el apagado plop de un disparo.

Tiang Fu Ti echó a correr hacia allí y llegó a tiempo de ver a su hombre apuntando nuevamente al chino arrodillado cerca de la puerta, de espaldas a él…

—¡No lo mates! —ordenó—. ¡Lo quiero vivo! ¡Traedlo!

Dos de sus hombres se acercaron al herido, lo sujetaron por los brazos y lo arrastraron hacia el *living*, para tirarlo sobre el sofá. El hombre se sujetaba con la mano derecha el sangrante hombro izquierdo, y sus negros ojos se clavaron en Tiang Fu Ti, inexpresivos.

—Tantas precauciones por nada, coronel Chi En Tao… —deslizó gélidamente Fu Ti—. Días y días vagando por China, luego por Hong Kong…, para nada. Volverá usted a Pekín. Y será ejemplarmente juzgado y castigado para aviso de otros posibles traidores. Id a traer el coche delante de la puerta de la casa… No vamos a ir por la calle con dos heridos. Vosotros dos, salid al jardín, recoged a Pin Wo, y marchaos ya. Nos veremos en la casa. No cabríamos todos en el coche… Iros ya. De vosotros dos, uno que vaya a decirle a Chu que traiga el coche delante de la casa. El otro, que se quede conmigo, vigilando al traidor coronel Chi En Tao.

Tiang Fu Ti quedó solo con uno de sus hombres, ambos mirando fijamente a Chi En Tao, que permanecía impávido. Tiang Fu Ti soltó una breve risita sarcástica, poco después.

—Mal final, ¿no es cierto, traidor? Voy a tener el honor de devolverlo personalmente a Pekín, y de asistir al juicio. Será algo digno de verse, y espero que no sea un juicio privado, sino que trascienda a todos los organismos de espionaje. En el futuro, los que opinen como usted, lo pensarán dos veces, antes de querer cambiar de bando… ¿Cambiar de bando? ¿Cómo es eso posible, coronel? ¡Conteste! ¿Cómo puede un chino cambiar de bando? ¡Conteste!

Chi En Tao permaneció silencioso, inmóvil. Su mirada fue hacia el yacente Maxwell Burke, y luego de nuevo hacia Tiang Fu Ti.

—No quiere decir nada, ¿eh? ¡Qué altiva actitud ahora, para un traidor! Ya veremos si se comporta tan altivamente cuando lo condenen a muerte, por traidor… —se calló de pronto y miró hacia la puerta del *living*—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no están ya aquí esos idiotas, con el coche? ¡Ve a ver, Mai Po!

Mai Po asintió con la cabeza y salió del *living*, pistola en mano. Se oyeron sus pasos, hacia la puerta de la casa. Tiang Fu Ti volvió a dedicar su atención al coronel Chi En Tao.

—Debería matarlo ahora mismo… —susurró—. Y lo haría con gusto si no tuviera órdenes severísimas de Pekín para llevarlo vivo allá, si era posible.

—¡Fu Ti! —Oyó—. ¡Algo está pasando en…!

Tiang Fu Ti se volvió velozmente, alzando la pistola; respingó al ver aparecer a Mai Po, corriendo a trompicones, señalando hacia atrás por encima de un hombro.

—¡Ahí fuera hay…! ¡Aaahh…!

Algo pareció empujarlo por detrás, y, al mismo tiempo que Mai Po saltaba en el aire, gritando de dolor, se oían veloces pisadas en el vestíbulo, voces contenidas, en inglés… En una fracción de segundo, Tiang Fu Ti comprendió que algo había fallado. Y no se detuvo a pensar qué podía ser… Echó a correr hacia la ventana amplísima del *living* que daba al jardín, y saltó por ella, justo cuando tres hombres blancos, pistola en mano, aparecían en el *living*.

—¡Por la ventana! —grito uno de ellos—. ¡Se va por…!

—Déjalo. No sabe la que le espera… ¡Mira, es Max…!

Tiang Fu Ti cayó rodando por encima de un macizo de flores, se puso en pie, quiso continuar corriendo, ocultándose aún más entre las flores, y de nuevo cayó, al tropezar sus pies con algo grande y

sólido que había en la tierra… Para parar el golpe, soltó su pistola, y sus manos se apoyaron en aquella cosa…, que era blanda… De algún lugar, llegaba luz en suficiente cantidad para que pudiera reconocer aquello. Aquel ser degollado…

—Pin Wo…

Durante un segundo quedó paralizado. Si Pin Wo estaba allí, muerto, también debían haber caído los dos que habían salido a buscarlo para marcharse. Y si alguien había matado a Pin Wo en el jardín, era que alguien había en el jardín… Recogió rápidamente la pistola, se puso en pie… y lanzó un alarido cuando aquella figura apareció ante él.

Quiso alzar la pistola, pero una mano pequeña, dura como acero, se crispó en su muñeca, desviando así la trayectoria de la bala que brotó de la pistola. Jadeando, con la sensación de que tenía la mano atrapada en un cepo indestructible, Tiang Fu Ti alzó al fin la mirada hacia aquella persona, hacia el rostro…

—Baby —jadeó.

Vio el brillo de los blancos dientes de la espía, aquellos ojos que parecían fosforecer…, y vio también otro brillo, más grande, fino, alargado…

—¡Aaaggg…!

Recibió la primera cuchillada con tal fuerza, que todos sus músculos y nervios se aflojaron. La pistola escapó de su mano, pero ésta continuó sujeta por aquella otra, más pequeña, pero infinitamente más dura.

—¡Aaaggg…!

La segunda cuchillada alcanzó a Tiang Fu Ti, cuyas piernas cedieron al fin, floja, lentamente. Y aún estaba cayendo de rodillas cuando le llegó una tercera cuchillada, definitiva, certera, que lo empujó hacia atrás, dejándolo tendido de cara a las estrellas, rodeado de flores…

Dos sombras llegaban en aquel momento al escenario de muerte. Se detuvieron junto al cadáver del aterrado Tiang Fu Ti… Los dos hombres suspiraron a la vez, y uno de ellos casi tartamudeó:

—Dios… Lo ha… despedazado… ¿Qué… qué hace ahora?

Brigitte se había arrodillado, y estaba limpiando la sangre del estilete que sobresalía de su cepillo para el cabello.

—Este cerdo ha ensuciado mi cepillo… —dijo, indiferente—. Es

justo que me ayude a limpiarlo.

Se puso en pie, y fue hacia la ventana, por la cual saltó al *living*. Había dos hombres arrodillados junto a Maxwell Burke, y otro, de pie, acababa de hablar por la radio de bolsillo. Junto al chino sentado en el sofá, como si nada hubiera pasado o estuviera pasando, estaba el gordito y calvito Simón, demudado, fijos los ojos en el cuerpo de Maxwell Burke.

—¿El helicóptero? —musitó Brigitte.

—Ya viene. Acabo de llamarlo —dijo un Simón.

Brigitte asintió con la cabeza y se arrodilló junto a Maxwell Burke, al cual, sus compañeros habían dado la vuelta, dejándolo cara al techo. El mejor hombre de Hong Kong clavó sus ojos en aquéllos tan azules, tan amables, tan sonrientes…

—¿Qué tal, Max?

—Usted… usted ha… fastidiado mi… mi hermoso final… Oiga, ¿no… no era usted… rubia?

—Cosas que pasan… —sonrió Baby—. Parece que tiene la bala cerca del hígado, ¿no es así? Apuesto a que vivirá para contarlo.

—Si espera… que se lo agradezca…, está… en un error…

—Sé muy bien que los espías somos, en general, muy desagradecidos. Pero, querido mío, si usted hubiera muerto, mi misión no habría tenido un final feliz.

—¿Eso es… lo que le… importa?

—Efectivamente. Por tanto, como no lo he hecho por usted, no me debe nada. Nada tiene, pues, que agradecerme. He hecho lo que tenía que hacer: recoger al coronel Chi En Tao, matar a Tiburón Rojo y sacarlo a usted de Hong Kong con vida.

—Todo… un éxito…

—Un éxito más, simplemente. No hable. Hablaré yo, y después de oírme, puede desmayarse si quiere. Usted, Max, ha sido terriblemente egoísta y desconsiderado con sus compañeros… ¡No me interrumpa! ¡Sé muy bien lo que estoy diciendo! Y le comprendo muy bien… Quería morir en plena misión, ¿no es eso? Oh, sí… Era mejor morir de una vez que vivir otro añito más, quizá dos, con un poco de suerte. O tres… ¿Quién sabe? Pero, no. Usted quería morir… como un héroe. Es decir, que pensaba sólo en usted, no en sus compañeros. ¿No lo entiende, Max? Ellos ya le consideran un héroe, y le quieren todos… Les entristece profundamente su

enfermedad cardíaca, pero prefieren al gran amigo con vida, en una tranquila villa en Estados Unidos, que al supuesto héroe muerto. Usted, simplemente, les iba a privar de su compañía, de sus cartas, de la alegría que ellos experimentarían al visitarlo, sólo por puro egoísmo. Eso quería ser usted: un desconsiderado egoísta con unos compañeros que le quieren sinceramente. Pregúnteles a ellos. Están todos aquí, o casi todos… Pregúnteles. ¿Qué prefieren? ¿El héroe muerto o el amigo vivo?

Éste parpadeó y sus ojos, lentamente, fueron girando, mirando de uno a otro a sus compañeros de Hong Kong. Por fin, regresó su mirada, cada vez más opaca, a la divina espía.

—Usted…, usted sí que es… una gran… compañera… Espero que… que todos me… me perdonen por mi egoís…

No dijo nada más. Uno de los Simones se apresuró a tomarle el pulso y todos tragaron saliva cuando alzó la cabeza.

—Está vivo… —musitó—. ¡Todavía está vivo!

Brigitte se puso en pie.

—Cuando llegue el helicóptero, que se lleven a Max y al coronel, con dos de ustedes. Ya saben luego todo lo que tienen que hacer. Ahora, ya solamente depende de ustedes que Max llegue a Washington, y de allí, a su destino final. Ah, otra cosa: quedaron dos chinos en la casa de Tiang Fu Ti, y seguramente vendrán aquí, a avisar a su jefe de que las cosas no han ido bien por allí. Espero que los reciban… adecuadamente. Buenas noches, caballeros.

Salió de la casa y entró en su coche. Abrió el maletín y, por fin, pudo colocarse unas gasas en el costado. Se estaba poniendo un negro y fino jersey encima de sus destrozadas ropas, cuando el gordito y calvo Simón se sentó junto a ella, y quedó silencioso, mohíno, con la vista baja.

—¿Y bien? —susurró Brigitte—. ¿Olvida algún detalle, Simón?

—Uno, sí. Perdonarme por mi estupidez. En realidad, le pido que nos perdone a todos… Mucho habíamos oído de usted, pero parecía tan fría, tan indiferente a la suerte de Max… Lo comprendemos mejor ahora, y quisiera…

—Oh, está bien, está bien, no me fastidie más. Están perdonados, espero que su Max les viva al menos un par de años, y los quiero mucho a todos. Jamás debió dudarlo. Adiós, Simón.

—¿Regresa a Estados Unidos?

—Seguramente mañana. Quizá pasado. Ahora voy a la casa de Tiang Tui a sacar del atolladero a *madame* Charrier…, si es que no la han matado.

—Voy con usted. Pueden quedar más chinos allá y…

—Ya le he dicho que aparecerán por aquí no tardando mucho. Los dejé a pie, pero deben estar al llegar. No hay nadie en la casa ya.

—Pero yo quiero ir con usted… Está herida, cansada… Si le ocurriese algo ahora, me daría de cabeza contra una pared, se lo juro. Y otra cosa: ¿acaso piensa cumplir su promesa de compartir con los rusos la información que nos facilite el coronel Chi En Tao?

—No, porque los rusos no supieron cumplir su parte, Simón. Si lo hubieran hecho bien, yo me habría ahorrado un auténtico mal rato. Por tanto, no me considero obligada a nada con ellos.

—Entonces, ¿por qué no deja que esa espía rusa se las arregle como pueda? ¿Por qué molestarnos por ella?

—Es una colega… —sonrió Brigitte—. Y me ha resultado simpática. Aunque no sé… Ella ha visto mi verdadero rostro, el que está usted viendo ahora.

—Podríamos matarla —propuso Simón.

—No diga barbaridades. Eso no es motivo para matar a un espía que ha estado haciendo modestamente su trabajo, Simón. ¿Acaso pretende que nos coloquemos al nivel de Tiburón Rojo?

Capítulo XII

Efectivamente, no había nadie en la casa de Tiang Fu Ti, de modo que pudieron llegar sin novedad a la cabaña que había en el centro del patio interior. Allá, con las muñecas ensangrentadas, descompuesto el rostro por la ira y la impaciencia, Ludovique Charrier daba fuertes, casi feroces tirones a los alambres que la sujetaban al tabique formado por fuertes cañas de bambú. Se volvió al oír el rumor de la llegada de ambos agentes de la CIA, y sus miopes ojos se abrieron mucho, fijos en Brigitte.

—¿Qué tal, *madame*? —sonrió la divina.

Ludovique se pasó la lengua por los labios. Su mirada pasó rápidamente a Simón, de nuevo a Baby.

—Me pregunto a qué ha vuelto, Baby… —musitó—. Si ha sido para rematarme, ningún momento mejor que éste.

Brigitte sonrió y se acercó a la rusa, con Simón a su lado. Señaló los alambres.

—¿Quiere ocuparse de esto, Simón? Yo voy a echar un vistazo a este lugar. Tiang Fu Ti dijo que aquí trabajaba, de modo que debe haber algo interesante muy cerca de nosotros.

El regordete espía se dedicó a soltar a la rusa, mientras Brigitte asía un ángulo de la gran alfombra de paja y lo alzaba. Poco a poco, toda la alfombra fue quedando enrollada…, casi hasta el otro extremo, en sentido diagonal. No fue necesario más. Allá, bien visible, quedó una puerta metálica, a ras del suelo. Tenía una cerradura, que Baby se quedó mirando críticamente. Abrió su maletín, sacó el juego de ganzúas, y estuvo examinándolas detenidamente. Por fin eligió una, la separó y se arrodilló ante la cerradura. Llevaba casi medio minuto forcejeando con la ganzúa, cuando oyó la voz de Ludovique Charrier:

—No podrá abrir con eso.

Miró a la rusa, sus manos llenas de sangre, su rostro

desencajado… Sonrió, y, sin replicar, persistió en su empeño. Apenas un minuto más tarde se oyó un suave bip-bip-bip, y Simón sacó inmediatamente su radio de bolsillo.

—¿Sí? —admitió la llamada.

—¿Está ella contigo? —Se oyó.

—Sí. En la casa de Tiang Fu Ti.

—Oh… Bien, llegaron dos chinos más, y los hemos tenido que eliminar. Cayeron como ciegos en un pantano. Llegó el helicóptero. Dile a Baby que todo ha terminado bien: prácticamente. Max y el coronel Chi En Tao están camino de Washington, por el procedimiento sugerido por Baby. Nos retiramos. ¿Alguna sugerencia más?

Simón miró a Brigitte, que movió negativamente la cabeza.

—No, Al. Eso es todo.

—Okay. ¿Qué pasa contigo? ¿Vienes o no?

—Me reuniré con vosotros en cuanto Baby termine otro asuntillo. Al…, ¿cómo está Max?

—En lo que respecta a la herida, vivirá. De lo demás, vamos a esperar que Dios le conceda una vejez de tres años como máximo…, a sus treinta y seis años.

—Amén… —susurró Simón—. Hasta luego, Al.

Cerró la radio y miro de reojo a Ludovique Charrier, que miraba con gran interés los manejos de Brigitte.

—Podríamos usar un explosivo, Baby —dijo Simón.

—Sería lo mejor… —Apoyó Ludovique—. ¿Qué piensan hacer conmigo? ¿Podré llevarme ese informe de Chi En Tao?

—No… —dijo Brigitte, sin alzar la cabeza—. Lo lamento, *madame*, pero sus amigos no supieron cumplir adecuadamente su parte. Usted lo sabe bien. Si es usted sincera, admitirá que he tenido que hacerlo todo yo sola.

—Eso parece… ¡Lo ha conseguido! —exclamó.

Brigitte no le hizo caso, alzó aquella plancha metálica y los tres se quedaron mirando la gran radio que se veía en el pequeño sótano. Sin vacilar, se dejó caer al fondo del sótano, y, en menos de un minuto, dejó completamente inutilizada la radio, aplastando, las piezas fundamentales. Luego, movió el aparato y, escondido detrás, halló lo que esperaba, aproximadamente. No un fichero, sino una especie de portafolios metálico, herméticamente cerrado. Lo tiró

fuera del sótano, salió y lo dejó todo tal como estaba.

—No hay nada más que valga la pena, Simón. De modo que ni usted ni ningún otro compañero volverán jamás por aquí. ¿De acuerdo?

—Lo que usted diga… —murmuró el espía—. ¿Cree que ahí dentro puede haber el esquema de la red del espionaje chino en Hong Kong?

—Evidentemente. Pero dejaremos el trabajo de abrirlo a los señores de la Central. No quisiera volar en pedazos ahora que todo ha terminado. Los técnicos en explosivos abrirán esta caja y enviarán las instrucciones pertinentes a Hong Kong. Espero que sabrán sacar partido de esto.

—Tenemos aquí un Simón que es capaz de desmontar una bomba atómica… —sonrió Simón—. Ni siquiera es necesario que esta caja viaje a Washington.

—Espléndido. Bien, esto es todo…

—¿Y respecto a mí? —susurró Ludovique.

—Francamente, *madame*, no sé qué hacer… De acuerdo a mi manera de ver las cosas, no debo matarla. Sin embargo, usted ya sabe cómo es Baby. Cualquier día puede ver una fotografía mía en un periódico…

—No sé qué concepto tiene usted de mí… —susurró la rusa—. Y si me mata, en cierto modo me parecerá… lógico. Sin embargo, me crea o no, le aseguro que jamás la delataré. No lo haría nunca… Aunque haya quien piense lo contrario, los espías… queremos vivir. Me pregunto si por el hecho de ser rusa, usted considera que no sabré ser agradecida.

—Conozco a muchos rusos agradecidos… —murmuró Baby—. No sería usted la primera, *madame*.

—Mi nombre auténtico…

—No me interesa su nombre, *madame*. Llévela al coche, Simón. Yo echaré un vistazo por la casa, por si hubiese algo más digno de interés para nosotros. En marcha.

Salieron los tres de la cabaña, pero Ludovique respingó y regresó apresuradamente. Cuando volvió a salir, mostró su sombrilla, sonriendo tímidamente.

—La olvidaba.

Brigitte la miró, con expresión divertida. Movió la cabeza, y

señaló hacia la casa. Simón y Ludovique Charrier salieron de ésta, en dirección al coche, y Brigitte se quedó en el vestíbulo, preguntándose por dónde día empezar, en tan extraña casa, para encontrar algo de interés. Todavía sonreía, pensando en lo peculiar que era Ludovique… Una espía muy firme de carácter, sin duda. Desde luego, era de segundo o tercer orden, pero sabía trabajar bien. Una mente clara y serena, en el fondo. La persona que en una situación así se preocupa por una encantadora sombrilla.

La sombrilla.

Baby Montfort quedó bruscamente pálida, demudado el rostro. Por un instante, fue como si sus pies hubieran quedado atornillados al suelo, se sintió paralizada de espanto, aterrada… De pronto, sacó la pistolita de su maletín y salió corriendo de la casa. Apareció en la florida galería cuando Simón y Ludovique estaban llegando al coche, él delante, dispuesto a abrir la portezuela…

—¡Simón! —gritó agudamente—. ¡Al suelo, Simón!

El espía se volvió, desconcertado, pero, subconscientemente, obedeciendo aquella orden dada por la voz de quien había demostrado ser la mejor espía que jamás había conocido. Estaba todavía volviéndose, y cayendo de rodillas, cuando, en la galería vio el fogonazo. Se oyó el suave plop de la pistolita de Baby y, todo al mismo tiempo, *madame* Charrier lanzó un grito, giró sobre sí misma y cayó de espaldas al suelo, a tres o cuatro pasos de Simón, que estaba absolutamente desorientado.

Baby corría hacia allí y, cuando llegó, Ludovique Charrier se estaba poniendo en pie, jadeando, maldiciendo en ruso… En su mano diestra tenía la sombrilla, y, por la punta de ésta aparecía una sólida, brillante varilla afilada, de unas diez pulgadas de largo y quizá un quinto de pulgada de diámetro. Un largo escalofrío recorrió la espalda de Simón, que parecía hipnotizado contemplando a la rusa, que ya en pie, se tambaleaba, apuntando con el brillante y gigantesco punzón a Brigitte.

—Te te voy… a atravesar, maldita… —jadeó Ludovique—. Te voy a…

Plof.

Ludovique Charrier lanzó un alarido al recibir la segunda bala, ahora en el pecho. Se movió bruscamente hacia atrás, pero no cayó. Era asombroso… Rugiendo como una fiera, insistió en acercarse a

Brigitte, tambaleándose.

—Perra americana… Te voy a sacar los ojos con mi…

Plof… Plof…

Ludovique Charrier se estremeció a cada impacto, retrocediendo, pero siempre de pie. Quedó inmóvil, y pareció que el mundo fuera a detenerse entonces, que aquella escena sería eterna… De pronto, una fuerte corriente de sangre brotó por la boca de *madame*, y ésta se vino al suelo como fulminada. Los lentes escaparon de su rostro y los ojos, muy abiertos, quedaron fijos en las estrellas.

Durante unos cuantos segundos más, eso fue todo. Luego muy lentamente, Simón recogió la sombrilla, y se quedó mirando el largo, afilado y fortísimo punzón de acero que sobresalía de la varilla central de la sombrilla.

—Santo Dios… —Se estremeció—. Santo Dios… Pe-pero no… no entiendo… ¡No entiendo! Usted mató esta tarde a Tiburón Rojo… ¡No lo entiendo!

Brigitte metió su pistolita en el maletín, recogió la caja metálica que había escapado de las manos de Simón y pasó al asiento de junto al conductor. Cuando Simón entró en el coche, ella había encendido ya dos cigarrillos y le tendió uno, sonriendo.

—Fume, querido. Y tranquilícese: esta vez sí hemos terminado con el auténtico Tiburón Rojo. De donde se desprende que, definitivamente, Baby ya no tiene nada que hacer en Hong Kong. ¿Nos vamos?

Este es el final

—Una vez más, felicitaciones de la Central —dijo Charles Alan Pitzer—. Hijita, usted es única en la Tierra.

—En el universo, querido tío Charlie… —sonrió Brigitte, en deshabillé, y con el pequeño Cicero gimiendo de placer en sus brazos—. No me menosprecie. ¿Qué sabemos de Maxwell Burke?

—A salvo… de la herida, se entiende. De lo otro… Bien, es posible que nuestros médicos consigan conservar su vida durante dos o tres años. La CIA no va a escatimar nada con tal de que ese hombre viva en paz… el tiempo que sea.

—Espero poder visitarlo pronto. ¿Qué pasa? ¿No le gusta mi Perignon con guindas, hoy?

—Oh, sí… —Se sobresaltó Pitzer; y bebió un sorbo—. ¡Brrr…! Lo más increíble de este caso ha sido la personalidad de Tiburón Rojo. Todos estábamos convencidos de que era un hombre.

—Incluso yo, al principio. No es que pretenda disculparme, pero, en ciertos momentos, me inquietó la facilidad con que había matado a aquel muchacho pelirrojo del yate… Un espía de la categoría de Tiburón Rojo no podía ser tan… ingenuo. Pero, sinceramente, no comprendí la verdad hasta que pensé detenidamente en la sombrilla de Ludovique Charrier. ¿Qué mejor sitio para esconder un punzón tan grande y fuerte que el mástil de una sombrilla, o de un paraguas…? Y en aquel instante, como clavada al piso de la casa de Tiang Fu Ti, lo comprendí todo: era el propio Tiburón Rojo quien me había estado vigilando, quien mató al chino en la terraza del hotel, quien hacía frente desde el primer momento a todas, las misiones que le asignaba la MVD. Sólo que, para desconcertar a sus enemigos, siempre simulaba que enviaba por delante un pez piloto, que era quien, llegado el caso, resultaba atacado, mientras ella, pasaba por el tal pez piloto, realizando su labor directamente, mientras otros espías se dedicaban al pobre

muchacho de turno que pasaba por Tiburón Rojo. Finalmente, quiso matar a Simón, quitarle la pistola, matarme a mí, y al menos, llevarse a Vladivostok los papeles de Tiang Fu Ti. Muy astuta.

—Y estremecedora. En fin, ha resuelto usted, una vez más, un caso importante. El coronel Chi En Tao está llenando páginas y páginas en la Central en un informe completo… Lo ha conseguido todo, hijita. ¡Hasta me ha traído auténticos claveles chinos!

—No sé por qué se sorprende —rió la divina, que, ciertamente, estaba más divina que nunca.

—No es que me sorprenda, pero… ¡Brrr…! ¡Una mujer asesina, una espía criminal como esa Tiburón Rojo…! ¡Increíble! ¡Una sola mujer que ha vuelto locos a muchos servicios de espionaje…! Asombroso.

Brigitte bebió un sorbito de champaña y sonrió irónicamente.

—Sí… Es totalmente asombroso. Lo que hay que ver: una mujer espía que vuelve locos a muchos servicios de espionaje. ¡Increíble!

Charles Pitzer la miró, ella sonrió… y, de pronto, los dos se echaron a reír. Increíble: ¡una mujer espía! ¡Increíble!

FIN